

**BUENAVENTURA:
ENTRE EL DESARROLLO Y LA DEFENSA DEL TERRITORIO**

JUAN MANUEL LOPEZ MARIN

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA
MEDELLIN
2015**

**BUENAVENTURA:
ENTRE EL DESARROLLO Y LA DEFENSA DEL TERRITORIO**

JUAN MANUEL LOPEZ MARIN

**Trabajo de grado para optar al título de
Antropólogo**

Asesor:

Jonathan Echeverri Zuluaga

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA
MEDELLIN**

2015

AGRADECIMIENTOS

A todos aquellos que me apoyaron y me acompañaron durante todo este proceso de investigación.

A Julia, cuyas experiencias me llevaron a enamorarme de la Antropología, y cuyas enseñanzas me acompañaron y me acompañaran en este proceso de aprendizaje que aún no culmina. A mi asesor Jonathan Echeverri, quien siempre me tuvo paciencia y nunca dejó de apoyarme y acompañarme en los momentos más difíciles de este largo proceso.

A mis compañeros de estudio Luis, Jasón, Andrés, Godoy, Fito y Camilo, que siempre me brindaron nuevas perspectivas y me apoyaron y ayudaron en todo momento.

A José Santos Caicedo por invitarme en un primer momento a Buenaventura y brindarme todo su conocimiento sobre el proceso afrocolombiano, a Harrinson Moreno por ser quien me llevo a San José y me acompañó en cada una de las etapas de la investigación.

Y principalmente a toda la comunidad del barrio San José, por permitirme entrar a sus vidas y compartir con ellos todas sus vivencias, y por enseñarme que “El Territorio es la vida y la vida no es posible sin el Territorio

Contenido

1	INTRODUCCION	5
1.1	Panorama de los capítulos.....	9
1.2	Interlocutores	11
1.3	Antecedentes Teóricos.....	14
1.4	Estudios relacionados.....	23
2	CONTEXTO HISTORICO Y CONCEPTUAL	28
2.1	Buenaventura y Cascajal.....	28
2.2	Dos versiones, una historia.....	31
2.3	La república y sus inicios como distrito portuario	38
2.4	“Del caney al bulevar camino dos pasos.....”	46
2.5	Bajamar o Terrenos Ganados al Mar.....	55
3	REIVINDICACION ETNICA Y DEFENSA DEL TERRITORIO	61
3.1	¿San José o Sanyú?.....	62
3.2	Un malecón poco incluyente	70
3.3	¿Huevo no puede con piedra?	77
3.4	¿Qué hace falta para ser Afro?	81
3.5	La reubicación no es una opción.....	89
3.6	Nuevos retos.....	96
4	CONCLUSIONES	98
5	BIBLIOGRAFIA	101

1 INTRODUCCION

Desde hace aproximadamente cinco años se ha venido agudizando el conflicto armado interno en la ciudad de Buenaventura, según un informe de Human Right Watch (2014)¹ esta es la ciudad con mayor número de personas obligadas a huir de sus hogares por culpa de la violencia desde el 2011. Como consecuencia de esto hemos sido testigos del aumento en los niveles de desplazamiento forzado (13.000 personas desplazadas solo en el año 2013) , asesinatos, amenazas, etc., los cuales han llevado a uno de sus puntos más críticos las condiciones de vida de sus habitantes, principalmente aquellos que viven en las zonas de Bajamar, donde la marginalidad y exclusión social ha ido tomando nuevos matices, y la injerencia de nuevos actores, legales e ilegales, ha modificado de forma drástica prácticas culturales ancestrales ligadas a una forma particular de ver y relacionarse con el territorio.

Este trabajo busca mostrar cómo desde diferentes esferas, política, social, cultural, etc., la comunidad del barrio San José, de la zona de Bajamar en Buenaventura ha diseñado he implementado estrategias de defensa y resistencia territorial que le han permitido proteger el territorio en el que históricamente han vivido, y que hoy por hoy es epicentro de diferentes disputas por parte de actores sociales ajenos a la comunidad.

Para lograr desarrollar este objetivo se realizó un trabajo etnográfico que duró aproximadamente tres (3) meses con visitas intermitentes en el año 2013, acompañadas de una revisión bibliográfica que permitiera comprender con mayor claridad el contexto en el que se enmarcaba la problemática

¹ En este informe se puede advertir que uno de los principales causales del aumento de los niveles de violencia en la ciudad es el control y dominio que los grupos sucesores del paramilitarismo, Urabeños y la empresa, tienen sobre diversos barrios de la ciudad, restringiendo la circulación, reclutando menores de edad, extorsionando comerciantes, etc.

social que estaban viviendo los pobladores de San José. Durante este proceso se logró identificar que una de las principales problemáticas de la zona giraba en torno a la planeación y futuro desarrollo por parte de la alcaldía municipal del megaproyecto malecón Bahía de la Cruz sobre el territorio que actualmente habita la comunidad del barrio San José, situación que estaba generando fuertes disputas territoriales entre la comunidad y la administración municipal o alcaldía)².

Las diferentes visitas a la comunidad (aproximadamente dos meses y medio en total); las reuniones con organizaciones de base como el Proceso de Comunidades Negras (PCN)³ y líderes como el concejal Víctor Vidal⁴; y la visita a la oficina principal de la firma encargada de desarrollar este macro proyecto me permitieron trazar un panorama más claro del porqué de estas disputas. Que en gran parte obedecen al interés y a las diferentes concepciones o miradas que cada uno de los actores sociales tiene sobre el territorio. Mientras la mirada estatal y la de la empresa privada se ven directamente relacionadas y complementadas, con miras a una propuesta de desarrollo industrial y económico, basado en el mejoramiento de infraestructura, la comunidad le sigue apostando a una propuesta alterna de desarrollo y mejoramiento urbanístico, que aunque difiere en muchos aspectos, principalmente en lo que se refiere al uso y propiedad sobre el territorio, de la propuesta estatal, no deja de lado la posibilidad de elaborar una propuesta en conjunto, donde todos los actores, privados, estatales y la comunidad tengan una participación activa.

² Se logró evidenciar durante el desarrollo de este trabajo que aunque hay una presencia activa de grupos al margen de la ley, estos tienen un rol secundario en esta disputa de intereses, debido en gran parte a la continua presencia militar en la zona y al fuerte rechazo por parte de la comunidad

³ Conformada por 120 organizaciones étnico – territoriales, entre consejos comunitarios y organizaciones de base a nivel nacional, cuyos pilares de trabajo son: la defensa de los derechos humanos de las comunidades negras en el marco del conflicto armado interno, el fortalecimiento de la identidad cultural, la defensa del territorio y de los recursos naturales, la búsqueda del reconocimiento de los derechos étnicos, culturales, territoriales, sociales, económicos y políticos de la población afrodescendiente y el fortalecimiento de procesos organizativos autónomos

⁴ Uno de los principales defensores de los derechos de las comunidades afrocolombianas en Buenaventura y miembro activo del PCN

Cada una de estas miradas fue sintetizadas por miembros del PCN y líderes de diferentes zonas de Buenaventura y sus cuencas en la cartilla usada durante el diplomado en “*Derechos colectivos y desarrollo local incluyente*” del programa Participar en el año 2011 en la ciudad de Buenaventura, que sirvió para la capacitación de líderes y otros miembros de la comunidad de Bajamar, en temas como el empoderamiento y la exigibilidad de derechos y donde se definieron tres miradas en particular acerca de lo que significa el territorio:

1. Particular/comerciante

- Fuente inagotable de recurso
- Base para hacer capital
- Plataforma de movilidad

2. Estado

- Espacio sobre el cual se ejerce el poder político o soberana del Estado⁵

3. Comunidades negras

- Espacio de vida, es más que el espacio físico o biofísico (cultura, cosmogonía)
- Herencia ancestral
- Proporciona los satisfactores para el bienestar colectivo

Esta recopilación, retroalimentada por los mismos miembros de la comunidad, hace de esta cartilla un importante referente al momento de tocar un tema tan sensible como el del uso y concepción del territorio en Buenaventura, además permite tener un panorama de como la comunidad ve al

⁵ Esta concepción está ligada a la noción de Estado, “No se puede concebir el Estado sin territorio”

Estado y la empresa privada, y cuáles cree que son sus intereses sobre el territorio. Sin embargo es importante tener otros referentes, que permitan ver como comunidades locales y Estado, no propiamente en Buenaventura, dialogan frente a problemáticas similares a la de San José, de tal forma que aporten herramientas teóricas y prácticas para la comunidad.

Autores como Claudia Puerta han abordado en sus trabajos temáticas similares a las de San José, y han propuesto miradas alternas a las de resistencia, donde existen diferentes discursos de negociación entre las poblaciones locales y los proyectos hegemónicos y globalizantes, donde estas (poblaciones) no buscan exclusivamente generar una oposición sino que por el contrario buscan “una reivindicación de sus derechos, ligados principalmente a existir de manera más o menos autónoma, en términos legibles a los actores hegemónicos, para no ser excluidos de dinámicas más amplias”.

Esta propuesta definida por la autora como “espacios relacionales” podría aplicar en diversos niveles al caso de San José, sin embargo Claudia la desarrolla frente a poblaciones locales (indígenas Wayuu) con un reconocimiento étnico, que posibilita espacios de diálogo y negociación, que actualmente son poco probables para la comunidad de San José, principalmente por su no reconocimiento como grupo étnico. Esta situación me lleva a seguir pensando, por lo menos en esta “primera fase”, en el proceso actual de la comunidad como uno de resistencia, que si bien está acompañado por una propuesta de reivindicación cultural, obedece en un primer momento a una defensa del territorio como lugar de vida y de sus derechos como grupo étnico.

Sin embargo esta resistencia no debe ser vista como una “simple” respuesta a una problemática o disputa actual, por el contrario hace parte de un largo proceso de empoderamiento por parte de los miembros de la comunidad, que bajo un contexto histórico de exclusión social y marginalidad

optaron por nuevas estrategias que los visibilicen y los articulen a las políticas públicas de desarrollo y urbanidad, pero que adicionalmente les permitan llegar a una reivindicación étnica con sus raíces afrocolombianas.

El camino aun es largo, y son muchas las aristas que se necesitan para lograr consolidar un proceso de resistencia estable y organizado dentro de la comunidad, sin embargo dando cuenta de elementos como el marco jurídico (y su proceso histórico de elaboración) que reglamenta los derechos de los pueblos afrocolombianos y su reivindicación en contextos urbanos, el valor del territorio como lugar de vida y epicentro de prácticas culturales ancestrales, y sobre todo la unión de todos los miembros de la comunidad y su resignificación como afrocolombianos, se puede pensar en un panorama diferente al actual, donde la población de San José y de bajamar en general pueda salir de esa marginalidad histórica y donde sus derechos sean respetados.

1.1 Panorama de los capítulos

El primer capítulo de esta monografía está enfocado al contexto histórico de Buenaventura, trazando una línea de tiempo y describiendo algunas de las fases o etapas más relevantes en la historia de la ciudad; partiendo de la inconsistencia histórica de su origen y fundación hasta su consolidación y reconocimiento como puerto a principios del siglo XX. De forma paralela se describirá el proceso de poblamiento de esta ciudad y sus principales particularidades, entre las que se destaca la continua presencia de valores culturales tradicionalmente asociados a comunidades afrocolombianas en contextos rurales. La segunda parte de este capítulo describe el entorno que rodea a los habitantes de San José, es decir, el día a día en Buenaventura, desde una perspectiva comunitaria, partiendo principalmente de la experiencia de Harrinson Moreno, líder

de la comunidad y miembro del PCN y enfocándome en algunos aspectos relevantes como la interacción con diferentes actores sociales legales e ilegales, el comercio, la movilidad, etc.

Por último, para finalizar este capítulo y a manera de conexión con el siguiente capítulo realizare una breve descripción de la zona de Bajamar, donde será posible evidenciar su importancia como zona de hábitat de cientos de familias Bonaerenses y su rol dentro de los planes de desarrollo impulsados por la alcaldía municipal.

En el segundo y último capítulo, se desarrolla la problemática que comprende la construcción del macroproyecto malecón Bahía de la Cruz y la resistencia a este por parte de la comunidad de San José, generando un acercamiento a cada una de las partes involucradas, principalmente a la comunidad que es la principal afectada. Teniendo la etnografía como método principal de investigación se describirán diferentes momentos que se dieron durante las visitas, donde la comunidad puedo manifestar las diferentes estrategias que han ayudado a hacer contrapeso a la ejecución de este macroproyecto, y aquellas otras que se están tejiendo y cuyo principio básico es el empoderamiento de la comunidad y la participación activa de diversos grupos generacionales. Adicionalmente se retoma las conversaciones con diferentes líderes y lideresas tanto de la comunidad como del PCN (que viven en otros barrios de Bajamar), esto con el fin de establecer como estos procesos locales urbanos de resistencia y resignificación se enmarcan en lo que Nancy Motta denominó las cuatro dimensiones de la reetnización, y que a *grosso modo* contemplan los principios básicos de identidad y defensa del territorio que históricamente han enrutado el proceso de movilización negro en Colombia⁶.

⁶ La primera (dimensión) se refiere a la distinción entre la búsqueda de la identidad individual o micro social y la identificación y movilización de origen colectivo. La segunda dimensión se refiere al contraste entre la constitución de comunidades locales vs: la constitución de categorías nacionales o transnacionales. La tercera implica la distinción entre la competencia por recursos económicos y acceso a la tierra y la lucha por la conquista de espacios simbólicos y la cuarta

1.2 Interlocutores

Uno de los elementos fundamentales para la realización de este proyecto fue el apoyo brindado por la comunidad de San José y algunos miembros del PCN. Personas que me permitieron con su acompañamiento entrar con toda tranquilidad a zonas de la ciudad donde la entrada a foráneos o incluso personas de otros barrios se les restringe o prohíbe a causa de los enfrentamientos entre combos y la creación de las fronteras invisibles.

Cada una de estas personas fue fuente de conocimiento y desde sus diferentes miradas sobre la problemática actual de la ciudad y más específicamente de San José aportaron elementos muy significativos que se reflejan en el resultado de esta investigación. Algunos, como Harrinson Moreno del PCN fueron claves para la elección de la temática, y para el posterior desarrollo de las reuniones, actividades con la comunidad, etc. Su conocimiento de la ciudad y compromiso y cariño con las comunidades que viven en toda la zona de Bajamar solo se puede comparar a mi juicio con el que tiene por sus dos hijas, a quienes lleva y recoge todos los días en el colegio y por quienes constantemente está buscando alternativas de ingresos, ratificando también que el ser líder comunitario es más una vocación, ajena a intereses económicos. Un compromiso que surge de haber vivido las dificultades del día a día en una ciudad donde la pobreza es cada vez mayor, pero donde la calidez humana, reflejada en los saludos que este recibe y da en todos los barrios y casas que visitamos es mayor. Esa misma calidez y familiaridad le ha abierto las puertas a “Harri”, como comúnmente le dicen, en los diferentes barrios de la ciudad, “lujo” que pocos tienen. Esta

dimensión se refiere a la forma, los orígenes y las características de dispositivos culturales con los cuales elaborar una construcción étnica (Motta, 2006).

“facilidad” fue la que le permitió llevarme en un primer momento a San José y presentarme a quienes serían junto con el los máximos colaboradores en este trabajo.

Jairo fue la primera persona de San José que conocí, y tuve la oportunidad de hablar con él mientras jugaba cartas y cargaba a una de sus nietas, que en ese momento se encontraba de visita y que actualmente vive en la ciudadela San Antonio. Aproximadamente de unos 68 años, carpintero, plomero, pintor y entrenador de futbol, Jairo es sin duda una de las personas más respetadas en el barrio, principalmente por su compromiso con este y con cada una de las personas que en el viven. Estas razones hicieron de él la persona más indicada para recorrer el barrio junto con Harrinson, y para presentarme a personajes como Rupanco, quizá el más efusivo de todas las personas que conocí, quien al igual que Jairo ha vivido toda su vida en el barrio. Su nombre sigue siendo un misterio para mí, sin embargo pude saber que la palabra “Rupanco” es sinónimo de casanova o de una persona que tiene mucha suerte con las mujeres. Sus años viviendo en San José han hecho de Rupanco una especie de etnoeducador, donde la ausencia de estudio se ve compensada con su conocimiento del barrio, de su origen y de las problemáticas que actualmente tiene. Al igual que Jairo Rupanco es un “todero” es decir realiza múltiples actividades que se refleja en el desgaste de sus manos, aunque anteriormente y cuando era más joven (ahora tiene aproximadamente 70 años) se dedicaba a la pesca. Su casa está ubicada sobre la calle principal de San José, al igual que la de Jairo y Pedro, otra de las personas con las que trabaje en el barrio y que junto a “La morena” fueron los encargados de mi alimentación durante la investigación. Al igual que Jairo y Rupanco estas dos personas llevan toda su vida viviendo en el barrio. Sus casas son contiguas, y es común verlos en las escalas o ventana de estas. Son participantes activos de cada una de las reuniones que realiza la junta del barrio y aunque sus hijos ya no viven con ellos y se mudaron a otros barrios, ninguno de ellos dos ve una vida en otro

lugar que no sea San José. La casa de Pedro fue el punto de todas las reuniones, al ser una de las primeras en ser construidas es bastante amplia, y cuenta con un poste de luz que le permite tener energía gran parte del día y la noche (momento del día en el que se realizaron las reuniones), por lo que ha podido mantener una venta informal de cremas y bolis (se destaca el bolis de aguacate).

Durante la primera reunión, que fue a los pocos días de estar en San José pude conocer a Álvaro, hombre de aproximadamente unos 40 años y que siempre asistía a las reuniones con sus dos hijas. Las cuales lo miraban con asombro al escucharlo hablar sobre las dificultades de la comunidad, quizá por la pasión que mostraba en cada una de sus frases, donde se hacía evidente su compromiso no solo por el problema actual del barrio sino por lo que este representaba para el futuro de sus hijas.

Pero no todo mi trabajo fue con las personas de San José, hubo un gran apoyo, principalmente en el principio de la investigación por parte de los miembros del PCN, José Santos, Vladimir y Julio Cesar, quienes me ayudaron a realizar todos los contactos institucionales y con diferentes líderes de otros barrios y cuencas cercanas de Buenaventura. De esta forma y gracias a ese apoyo pude conocer al “Colorado” (por el tono de su cabello) un etnoeducador de Buenaventura y miembro del PCN, su labor ha sido la de transmitir sus conocimientos a las diferentes generaciones, principalmente las más jóvenes de los barrios de Bajamar, enseñándoles la historia de sus ancestros y la importancia de reivindicarse como afros. Gracias a él pude tener otra perspectiva del origen y fundación de Buenaventura y de los primeros años de San José.

1.3 Antecedentes Teóricos

El territorio y la etnicidad son los dos ejes temáticos que enmarcaron este proyecto, y desde su articulación es que logre identificar no solo algunas de las estrategias de defensa implementadas por la comunidad, sino también su pertinencia en cuanto un aporte a los procesos organizativos afrocolombianos liderados por el PCN dentro de la ciudad y la reivindicación de estos en contextos urbanos, en el marco de un entorno marcado por la invisibilización y marginalidad de los grupos étnicos. Sin embargo antes de entrar en esta materia me parece importante hacer un recuento de cómo se han abordado estos conceptos dentro de los estudios afrocolombianos a lo largo de los últimos años, y su trascendencia en la elaboración del marco jurídico actual que rige la población afrocolombiana

Dentro de la producción de estudios sobre comunidades afrocolombianas es posible evidenciar un giro en la forma como se abordan actualmente los conceptos de etnicidad, territorio y cultura, en comparación con aquellos estudios pioneros de los años 80s y 90s y su visión culturalista; esto se debe, en gran parte, a los nuevos procesos de reivindicación étnica de las comunidades negras del país, que se han ido desligando de las concepciones primordialistas que las ubicaban en unos contextos específicos y sujetas a unas tradiciones culturales “estáticas”. Estos “nuevos” procesos van de la mano con los cambios coyunturales del país, y obedecen en gran parte a las nuevas necesidades de las comunidades, sin embargo esto lo abordare más adelante, ya que en un principio fueron las primeras corrientes teóricas esencialistas o primordialistas las que ayudaron a estas comunidades a surgir como sujeto étnico y actor social en el panorama nacional.

Una de estas corrientes teóricas y la que en primer momento tuvo mayor impacto en los procesos de etnicidad afrocolombiano, es la que Nancy Motta define como enfoque primordialista, el cual busca definir la etnicidad e identidad de estos grupos a partir de unas raíces histórico culturales

muy profundas (Motta) relacionadas directamente con África, obedeciendo o siguiendo un modelo que Peter Wade definió como organicista y que en su forma más elemental implicaba mirar la cultura como algo aislable, delimitado y homogéneo, algo impermeable al medio.

El carácter fijo de la etnicidad se le relaciona a veces a la existencia de mecanismos de reproducción cultural de orden genético y del orden parental a través de los lazos de consanguinidad, lingüística, comunitaria y de costumbres (Geertz, 1996)

Pioneros de este modelo en Colombia fueron los profesores Fals Borda y Nina S de Friedemann, esta última en su libro “Huellas de Africa en Colombia” (1992) “se refiriere a los procesos de reintegración étnica ocurridos entre los esclavos desde el siglo XVI, de manera simultánea a la trata, cuando gente de igual o similar procedencia volvió a encontrarse en escenarios distintos a los de su cotidianidad africana” (p.545). De acuerdo con la autora, los procesos de “reintegración étnica” serían el marco para la génesis de los “nuevos” sistemas culturales afrocolombianos.

Las mayores críticas al modelo primordialista surgirían por parte de aquellos que no concebían la cultura como algo estable, y que por el contrario veían esta como “algo flexible, contestatario, cambiante e inestable, siempre integrada en redes de relaciones sociales...” (Wade, 1999), y que adicionalmente, para el caso de América Latina veían necesario promover un discurso alternativo, obedeciendo a la necesidad de deconstruir la mirada occidental etnocéntrica y relativista.

Las categorías de etnia, raza, grupo étnico, identidad, indio, negro, son atributos dados a las poblaciones para diferenciarlas de otros grupos humanos que se han percibido así mismos como dominantes, civilizados, desarrollados. Tales nociones ideológicas se han trabajado desde posiciones esencialistas e instrumentistas que conviene aclarar hoy, ya que son conceptualizaciones que vienen desde el siglo XIX, se consolidan en el siglo XX y en estos primeros años del siglo XXI se encuentran en debate epistemológico, en razón de la presente globalidad y multiculturalidad de los pueblos. (Motta, 2006)

Este enfoque, donde la cultura se ve como algo flexible y la etnicidad se ve como una construcción social producto de diversos factores sociales, políticos, etc., no era realmente una nueva corriente, por el contrario era contemporánea a la denominada “esencialista”, sin embargo su impacto, al menos en un principio, fue menos relevante para los estudios afrocolombianos de finales de los 80s y principios de los 90s, principalmente por las exigencias del momento coyuntural.

Para esta época en Colombia estaba sucediendo uno de los hechos más relevantes en su historia, la elaboración de la constitución de 1991, donde quedarían plasmados los derechos de millones de colombianos y donde participarían actores de diversos sectores políticos y sociales. Sin embargo, las comunidades afrocolombianas no tuvieron ningún representante en este grupo constituyente, lo cual pintaba un panorama poco alentador, pues en palabras del propio Carlos Rossero “*parecía que nuestros derechos étnicos no serían tomados en cuenta*”.

A pesar de las diferentes alianzas no se lograba que la Constituyente tomara en serio la reivindicación del pueblo afrocolombiano, por eso se inicia una serie de movilizaciones, entre ellas la toma pacífica de la Catedral y del INCORA de Quibdó el 24 de mayo de 1991 y la toma de la Embajada de Haití en Bogotá. Con la participación de organizaciones populares, la iglesia, profesores y personas cercanas a nuestras comunidades y organizaciones se hicieron mesas de trabajo, (...). Desde estas mesas de trabajo se lanzó la campaña telegrama negro, demostrando con el respaldo de unas 10.000 firmas "Los Negros Existimos". Los telegramas se enviaban a los constituyentes para que incluyeran el reconocimiento del pueblo negro y sus derechos como grupo étnico (Historia del pueblo Afrocolombiano: Perspectiva Pastoral, 2003)

Para la profesora Nina S de Friedemann (1993) esta situación era el resultado de lo que ella misma denominó la “invisibilización del negro”, que obedecía en gran medida a un desbalance en el

análisis de la producción de la diferencia cultural dado que los afrocolombianos a diferencia de los indígenas no eran reconocidos como un grupo étnico⁷.

Ante esta situación surge la pregunta ¿Cómo se visibiliza una identidad histórica y políticamente invisibilizada? Para responder a esto, Wade retoma la importancia del esencialismo como principio básico de diferenciación para grupos étnicos que se están movilizando en pro de reivindicar su identidad, y asumen la cultura como un objeto, “algo que no simplemente se vivía sino que también se poseía, se tenía que proteger, y que eventualmente se podía perder” (Wade, 1999).

Lograr una diferenciación con el resto de la nación a partir de unas características particulares fue el primer paso en aquel proceso de reivindicación negra, para esto fueron fundamentales los aportes académicos de autores como Friedemann con *La Saga del Negro*, y Arocha con *Los Omblijados de Ananse*, quienes bajo el enfoque de la diáspora africana y las huellas de Africa, buscaron resaltar las similitudes y pervivencia de elementos culturales propios de África en las comunidades negras del pacifico colombiano, que hacían de estas y su cultura algo distinto, con un origen ancestral. Estos primeros aportes históricos y teóricos, sumados a otros factores políticos del momento permitieron construir un escenario de visibilización para los afrocolombianos, donde adicionalmente empezaría a tejerse discursos y estrategias organizativas, que permitieron la posterior formulación de un marco jurídico afrocolombiano.

Sin embargo -¿hasta qué punto se podía seguir pensando que la etnicidad es simplemente algo estático o inherente a las comunidades?-, las falencias en el marco jurídico afrocolombiano actual,

⁷ Eduardo Restrepo en su trabajo *Estudios afrolatinoamericanos: posibles aportes desde los estudios culturales* del 2013 menciona un poco a manera de anécdota que la profesora Nina S de Friedemann contaba que en el Instituto Colombiano de Antropología existían colegas que consideraban que el estudio de las comunidades negras del país no era antropología, afirmando que no podía serlo ya que para el momento (1984) la pertinencia disciplinar estaba enmarcada en los pueblos indígenas.

que más adelante abordare, sumado a la aparición de nuevos actores sociales como la empresa privada y los grupos paramilitares, que ponían en riesgo los derechos de las comunidades, llevaron gradualmente a re-construir en el seno de las diversas organizaciones étnico- territoriales y autores el concepto y la idea de etnicidad.

La noción de etnización no supone una etnicidad que estaría dada de antemano, como una suerte de esencia de las poblaciones que esperaría a ser exorcizada por el auge del movimiento organizativo, por las condiciones favorables desplegadas por la reciente legislación o por la labor de asesores y funcionarios. Al contrario, con la idea de etnización se busca indicar una sutil filigrana de mediaciones y tecnologías que han hecho pensable (han, literalmente, producido) a las “comunidades negras” como grupo étnico, lo cual ha posibilitado no solo la legitimidad de organizaciones de carácter étnico-territorial, sino también de las intervenciones del Estado y otros actores a nombre de dichas “comunidades” (Restrepo, 2011)

Restrepo ha sido uno de los autores que ha hecho hincapié en considerar la etnización como un proceso de formación de sujetos políticos (Nosotros/ellos), y de unas subjetividades (unas identificaciones) en nombre de la existencia (supuesta o efectiva) de un grupo étnico (Ibíd. p.40). Que para el caso afrocolombiano se ha visto estrechamente relacionada con otro concepto que gradualmente se ha ido convirtiendo en uno de los pilares de las luchas sociales de los grupos afrocolombianos, y ha permitido nuevas conceptualizaciones sobre la etnicidad: el territorio.

El territorio ha sido abordado de formas muy variadas desde diferentes disciplinas, visto como un espacio geográfico, un elemento cartográfico o en un sentido muy simple un lugar de vivienda. Sin embargo, desde la antropología este ha sido abordado desde una serie de factores geográficos, ecológicos, económicos, políticos, religiosos, sociológicos, y étnico-culturales, que de acuerdo con

Motta (2006) “[son] el resultado de un proceso de inscripción de las comunidades sobre los ecosistemas, de su inserción en un espacio que codifican, organizan y orientan, según características específicas que dependen de su filiación al origen de su organización social, sea ésta marina o ribereña, selvática o andina, de sus relaciones de alianza y de convivencia interétnica y de su pensamiento”.

Para el caso afrocolombiano el territorio ha jugado un papel preponderante en su proceso de resignificación étnica, ya que permitió que lo que Motta llama “temporalidad”, entendido como todo el proceso de reconocimiento cultural ligado a unas raíces ancestrales, se pueda ubicar en una “espacialidad”, de tal forma que la comunidad pueda generar una adscripción de su cultura en un lugar determinado y de esta forma generar una diferenciación con el grupo poblacional mayoritario. Una visión que está muy de la mano de la corriente culturalista, pero que a su vez, permitió establecer algunos criterios básicos a nivel nacional sobre el valor del territorio para los afrocolombianos. Autoras como Odile Hoffman han hecho hincapié en esta correlación, enmarcándola bajo el concepto de territorialidad, que en sus palabras se definiría como “las prácticas y representaciones que tienden al reconocimiento y apropiación de un espacio” (Hoffmann, 1999), y que para el caso afrocolombiano podrían sintetizarse como lo muestro en la siguiente gráfica, donde el territorio es el epicentro de las diversas dinámicas socio-culturales.



Los resultados de esta “construcción” social y académica sobre la etnicidad afrocolombiana quedaron plasmados en el Artículo Transitorio 55 de 1991 o “Catalizador de las comunidades negras” como lo llama Eduardo Restrepo, el cual por primera vez otorga un reconocimiento legal de las comunidades afrocolombianas como sujeto político, que posteriormente daría como resultado la formulación de la ley 70 de 1993.

Dentro de los dos años siguientes a la entrada en vigencia de la presente Constitución, el Congreso expedirá, previo estudio por parte de una comisión especial que el gobierno expedirá para tal efecto, una ley que les reconozca a las Comunidades Negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva sobre las áreas que habrá de demarcar la misma ley (Artículo Transitorio 55, Constitución colombiana 1991)

La ley 70 de 1993 (reglamentada por el AT 55) o ley de comunidades negras es el principal elemento jurídico con el que estas cuentan. Ya que en esta además de establecerse mecanismos de protección de la identidad cultural y de los derechos de las comunidades negras como grupo étnico,

también se reconoce el derecho que estas tienen a la propiedad colectiva, que es uno de los mayores alcances en términos de garantía de derechos. Por esta razón este logro se tomó con gran euforia al interior de los diferentes círculos que por tantos años buscaron este tipo de reconocimiento y en todo sentido debe ser visto como el principal logro del movimiento afrocolombiano hasta el momento. Sin embargo, varios autores como Eduardo Restrepo y Peter Wade han hecho énfasis en lo importante que es reconocer los límites de “aplicabilidad” de esta ley, límites que paradójicamente son el resultado del modelo culturalista que se “usó” por parte de las comunidades para lograr su reconocimiento.

Peter Wade ha reconocido que esta ley tiene todavía muchos elementos que deben ser fortalecidos, principalmente en cuanto a la forma como se esencializa a las comunidades negras, no reconociendo completamente sus transformaciones y desarrollo histórico, situándolas continuamente en contextos rurales y realizando una constante indigenización en su proceso de identidad.

La ley tiende a empujar a la identidad negra hacia un molde establecido por el movimiento social indígena en su relación con el estado, en parte como un resultado de la participación de las organizaciones indígenas en el proceso legal, este molde presupone que la comunidad está establecida, enraizada, ancestralmente en el pasado y según las prácticas de productos tradicionales que esta sea una descripción adecuada de las comunidades indígenas es por supuesto una interrogante legítima; pero indudablemente no es la adecuada para muchas comunidades en la región pacífica y menos aún para otras regiones. Las prácticas de producción entre los negros de la región pacífica son muy variadas, especialmente extensivas e incluyen con frecuencia la explotación forestal y la minería en las formas definidas por la cambiante economía capitalista. (Wade, 1999)

Sin embargo estos cuestionamientos no deben interpretarse como una crítica al proceso de reetnización de principios de los 90s, más bien debe ser visto como un aporte al proceso de “renovación”, desde el cual se busca romper esa idea generalizada según la cual las comunidades afrocolombianas se ubican estrictamente en espacios rurales; postura que actualmente hace parte de un nuevo giro en estudios antropológicos, en los cuales poco a poco se empezó a dejar de lado una visión culturalista o esencialista de las comunidades negras, enfocada en la retención de ciertas tradiciones ancestrales (Pardo, 2001) y se empezó a dar más relevancia a cómo estas se integran a los proyectos de modernidad impulsados por políticas estatales (Escobar & Pedrosa, 1996).

En su artículo “Invenciones antropológicas del negro” (1996-1997) Eduardo Restrepo hace referencia a como desde la antropología se ha ido decantando la idea del negro en términos jurídico-políticos, de esta forma se ha ido construyendo una propuesta de etnicidad, que más allá de un valor socio-cultural, debe cobrar relevancia en espacios políticos.

Restrepo y Wade han hecho énfasis en definir este proceso de etnicidad también como una puesta política que ha servido como instrumento de relación con el Estado y el capital, llevando a una definición político-jurídica donde se identifica a las comunidades negras como “grupo étnico diferencial, compuesto por un conjunto de familias de ascendencia afrocolombiana que, además de poseer una historia y cultura en común, expresa conciencia de su identidad étnica y desarrolla unas prácticas tradicionales de producción acordes con la reproducción de su vida y de los ecosistemas” (Restrepo, 1997).

Esta perspectiva está acompañada de múltiples transformaciones en la forma como la cultura, la identidad y el territorio se perciben, ya que estos elementos dejan de verse como algo estático, y empiezan a verse desde una noción más dinámica. Estas características abrieron igualmente “puertas” a la visibilización del negro en contextos no rurales, donde, de acuerdo con Teodora

Hurtado Saa (2009), los aportes de autores como Héctor Fabio Ramírez, Fernando Urrea, Doris García y Oliver Barbary, quienes abordaron temas sociodemográficos y socioeconómicos como las identidades raciales y las estructuras de clase en ciudades como Cali y otros centros urbanos del país, reflejaron el crecimiento y desarrollo que poco a poco iban teniendo los estudios afro en contextos urbanos.

“Las culturas ya no están constreñidas, limitadas y localizadas, sino profundamente desterritorializadas y sujetas a múltiples hibridaciones” (Escobar, 1998).

Autores como Pardo, Wade y Restrepo han hecho hincapié en la importancia que tiene esta “nueva” mirada para la integración y análisis de la etnicidad dentro de los nuevos contextos globalizados, sin embargo en muchos casos, principalmente los de comunidades en contextos urbanos, esta nueva mirada debe ir de la mano con algunos elementos de la visión culturalista de principios de los 90s, que les permita en un principio un reconocimiento dentro de los parámetros de la ley 70 de 1993 y poder identificarse como afrocolombianos en toda su dimensión.

1.4 Estudios relacionados

El momento coyuntural de Buenaventura con sus altos índices de violencia y desigualdad social, que se han visto disparados principalmente en la última década, han hecho de esta ciudad un epicentro para el desarrollo de diversos estudios sociales, que buscan desde diferentes perspectivas y enfoques mostrar las vivencias y describir el contexto actual en el que viven los bonaerenses.

Durante la búsqueda bibliográfica realizada para el desarrollo de mi investigación me encontré con numerosos trabajos en antropología, sociología, historia, etc., realizados sobre esta ciudad. Cabe destacar que el punto de partida de la mayor parte de estos trabajos es el tema de la violencia y sus

impactos en la población, haciendo especial énfasis en la población más vulnerable de la ciudad, principalmente la que habita en los barrios de Bajamar, obedeciendo al tema coyuntural y reconociendo que hoy por hoy el conflicto y las acciones de los grupos armados ilegales permean todo tipo de dinámicas y procesos sociales.

Ante este panorama surgen muchas preguntas sobre el accionar de los grupos y la presencia de estos en la ciudad, aspectos que en mi investigación abordé de forma muy somera principalmente por el hecho de que la comunidad de San José se ha logrado mantener relativamente al margen a estos grupos.

Autores como Juan Manuel Riascos (2012) han logrado realizar una caracterización sobre el fenómeno del conflicto armado en la ciudad, en este caso, tomando como referencia el periodo que va de 1998 hasta el 2000 el autor logró caracterizar el conflicto desde una perspectiva comunitaria, donde se pueden identificar diferentes visiones basadas en el contexto (rural o urbano) de los actores. En cuanto al contexto urbano, más precisamente en la zona bajamar, del que hace parte San José, el autor hace referencia a la existencia de alertas tempranas, como respuesta comunitaria al accionar de los grupos armados quienes hostigan a la población por medio de operaciones delictivas y de actividades comerciales ilícitas, grupos que son en su mayoría legado de los grupos paramilitares que se desmovilizaron en el marco de la Ley de justicia y paz.

La existencia de estas alertas tempranas son, desde lo que pude identificar durante mi investigación, el resultado de procesos de prevención y protección que surgen de la necesidad comunitaria de contrarrestar el accionar de un actor ajeno a esta, sea armado o como en San José, Estatal. Alertas que no solo se manifiestan con acciones comunitarias, sino que también se acompañan de procesos educativos por parte de organizaciones sociales como el PCN, con la enseñanza o tipificación (en términos de Riascos) de los decretos y leyes por medio de los cuales

se reconocen y protegen los derechos de las comunidades afrocolombianas. Sin embargo la no reglamentación de estas leyes ha llevado a la constante vulneración de estos derechos, generando un gran impacto social en las comunidades y múltiples denuncias por partes de líderes afros.

Estas vulneraciones se manifiestan de múltiples formas, sin embargo el territorio como “lugar de vida” y eje de las relaciones sociales se ha convertido gradualmente en el blanco principal de estos ataques, codiciado por los diferentes grupos armados y actores privados y estatales, principalmente por su ubicación estratégica (en el caso de Bajamar), de forma tal que se generan diferentes tipos de presiones sobre la comunidad para que esta ceda, ya sea ante el accionar de un grupo que quiere establecer una ruta de narcotráfico o ante una entidad del Estado o privada que quiere imponer un megaproyecto económico.

En el año 2011 María Carmela Quiñonez desarrollo un trabajo de investigación basado en la experiencia de cartografía social que implemento la Universidad del Pacífico con el propósito de acompañar algunos procesos de reubicación urbana que se venían adelantando por ese entonces. Metodológicamente este tipo de investigaciones brindan una perspectiva clara sobre la forma como las comunidades perciben sus territorios, así, con el uso de mapas diseñados por la propia comunidad se pueden identificar entre otras cosas las zonas claves para el desarrollo de ciertas dinámicas sociales. La autora también hace énfasis en el uso de la Investigación-Acción-Participativa (IAP) como método de acompañamiento en el proceso de reconstrucción de tejido social, específicamente de las comunidades de las comunas 2, 3, 4 y 5 de la ciudad, y adicionalmente hace mención de la importancia de esta investigación para el futuro empoderamiento de los miembros de la comunidad sobre el desarrollo, en este caso, del

macroproyecto de vivienda de interés social⁸. Ahora bien, este tipo de proyectos pierde, desde mi punto de vista, el enfoque social cuando el fin no es otro que el desalojo y reubicación de las familias de esta zona de la ciudad. Desde mi experiencia pude identificar que estos trabajos han resquebrajado en algunos sectores de la comunidad de bajar la confianza con las instituciones universitarias, ya que de alguna u otra forma es desde estas que se han generado los procesos de caracterización que posteriormente han dado paso a los desalojos de las familias, argumentando estudios que reflejan la vulnerabilidad y riesgo que representan estas zonas. Adicionalmente pensar en un empoderamiento por parte de la comunidad se hace difícil de pensar, principalmente por el hecho de que las casas de interés social difícilmente se acomodan a las necesidades de los grupos familiares, y las zonas donde son construidas han generado más exclusión que inclusión social⁹.

Finalmente la autora hace mención al proceso de reubicación por cohortes compuestas por entre 1000 y 1500 “unidades”, números que previo al inicio de la investigación se modificaron, y que por la experiencia que tuve en mis visitas a San Antonio pude identificar que carecen de enfoque en cuanto a no reconocer las particularidades propias de los grupos familiares que viven en uno u otro barrio, haciendo “conglomerados” de familias de todos los barrios en una misma zona, que en ocasiones desencadenan disputas internas. Al respecto de esto Libardo Córdoba Rentería (2010) realizó un investigación donde buscaba exponer los procesos de convivencia entre diferentes grupos poblacionales, más específicamente las colonias guapireñas, tumaqueñas, chocoanas y bonaverenses que habitan en la ciudad, logrando evidenciar ciertas tensiones sociales, que en sus palabras “son en correspondencia con relaciones de identidad heredadas del colonialismo, que todavía perviven en la localidad”. Estos resultados muestran un panorama un poco más amplio de

⁸ No se especifica cual es el nombre del proyecto, pero se presume que es el de ciudadela San Antonio

⁹ Estos aspectos los abordare en el segundo capítulo de la investigación

lo que es Buenaventura, evidenciando su rol como ciudad receptora de migrantes o desplazados, y sus barrios, principalmente los de Bajamar, como pequeñas “colonias”. Sin embargo el autor más que querer mostrar las diferencias culturales y las disputas entre estos grupos, quiere evidenciar como desde la discriminación y exclusión social de la que son víctimas, estos se han venido “reconociendo en las diferencias sociales”. Bajo esta perspectiva empiezan a surgir elementos de la cotidianidad, como el poco o nulo acceso a los servicios públicos, al acueducto, a la energía, a la educación etc. Elementos que como en el caso de San José, donde viven personas provenientes de diferentes cuencas, llevaron a la construcción de redes de apoyo, que hoy por hoy se identifican claramente en el proceso de construcción comunitario de estrategias de defensa de su territorio.

2 CONTEXTO HISTORICO Y CONCEPTUAL

2.1 Buenaventura y Cascajal

“Nada más aleatorio que buscar sin pistas, una fundación que no tuvo lugar e indagar una ciudad que no existió, ni jurídicamente ni físicamente; sin decretos ni muros”
Jaques Aprile-Gnisset, 1999

A principios de este año 2014 salió en los periódicos una noticia donde se hacía referencia a la fuerte inversión que el gobierno actual tiene proyectada para la ciudad de Buenaventura. 400 Millones de dólares es la cifra aproximada que se destinaría por medio de un crédito con organizaciones como el Banco Mundial para invertir en la región pacífica y principalmente en la ciudad, que permita hacer de esta uno de los puertos más competitivos e importantes de la región pacífica y a su vez le permita posicionarse como la “flamante” capital del acuerdo económico “Alianza del Pacífico”, donde también participan países como México, Chile y Perú.

El mejoramiento de la infraestructura industrial y turística, y la reducción de los altos índices de violencia que agobian a la ciudad son las principales banderas de esta propuesta de inversión. Sin embargo son muchas las voces que claman por que se haga una mayor inversión social (educación, empleo, servicios públicos, etc.) que permita que Buenaventura salga del atraso estimado en 50 años, que hoy por hoy organizaciones como El programa de las naciones unidas para los refugiados (PNUD) calculan tiene la ciudad.

Este llamado, hecho por miembros de organizaciones sociales, ONGs y algunas instancias gubernamentales esta principalmente dirigido a evidenciar que la agudización del conflicto interno

en la ciudad no es más que el resultado de una problemática mayor, que está estrechamente relacionado con la falta de disposición política para dar solución a aspectos relacionados con los altos índices de desempleo, la falta de un servicio digno de salud y el poco (o casi nulo) acceso a los servicios de energía, agua y saneamiento básico que tienen la mayor parte de los bonaerenses. Ante este panorama se hace difícil no cuestionarse sobre el porqué de la situación de Buenaventura, sin embargo para lograr llegar a una respuesta convincente se hace necesario mirar más a fondo la situación de la ciudad. Así se puede evidenciar que su presente no es más que el resultado de un desarrollo histórico particular desde sus inicios como Villa (siglo XVIII), en el que además convergieron, de forma gradual y a medida que el contexto nacional se transformaba factores políticos, económicos y sociales que llevaron a Buenaventura a consolidarse como distrito portuario y puerto más importante del país, pero también, contradictoriamente, a ser una de las ciudades con mayores índices de pobreza, extrema pobreza y recientemente violencia del país.

Partiendo de una breve descripción del modelo de desarrollo de los núcleos urbanos del pacífico, se podrán identificar en este capítulo ciertas particularidades que llevaron a Buenaventura a tener, sobre todo a partir de la segunda parte del siglo XIX un desarrollo particular, diferente al de ciudades como Quibdó y Tumaco, siendo los intereses económicos de algunos sectores particulares, privados y Estatales los encargados de direccionar el desarrollo de la ciudad según su conveniencia.

Este capítulo será en gran parte una contextualización de lo que ha sido el proceso histórico de desarrollo urbano del puerto más importante del país y de las particularidades de su proceso de poblamiento. En la primera parte haré una descripción de la historia de Buenaventura, donde tomaré como referente principal a Jaques Aprile-Gnisset y su libro “Poblamientos, hábitats y pueblos del Pacífico” (1999) y algunos autores en los que él se basa como Sofonías Yacup (1934)

y Kathleen Romoli (1962) para describir el origen y fundación de la ciudad, evidenciando grandes similitudes entre sus primeros años de desarrollo y el modelo de colonización y desarrollo implementado durante la colonia para la región pacífica. Posteriormente haré una descripción de los diferentes factores que durante la república influyeron en el posicionamiento de la ciudad como puerto más importante de la región y de las obras de infraestructura que marcaron un desarrollo distinto al de otros centros urbanos de la región. Más adelante, describiré brevemente algunos de los impactos que tuvo el conflicto armado que ha sido particularmente marcado en la región pacífica desde finales del siglo XX en el crecimiento de la ciudad y la influencia de los procesos migratorios, principalmente por parte “de los paisas” en las dinámicas socioeconómicas de esta. Posteriormente partiendo del trabajo etnográfico realizado durante aproximadamente 4 meses, con visitas intermitentes, mostrare cómo algunos de esos aspectos descritos en la primera parte perviven en el día a día de los bonaerenses generando impactos significativos en las dinámicas de vida de aquellos que se encuentran al margen del proyecto portuario, económico y turístico establecido para la ciudad.

Por último haré una breve descripción de la zona de Bajamar, zona de confluencia de gran parte de la población bonaerense, donde además de mencionar algunas particularidades de su entorno socio-cultural y físico podré hacer un preámbulo al último capítulo, donde entrare a discutir como la pervivencia de elementos culturales ha hecho de esta zona un foco de resistencia a la propuesta de desarrollo Estatal y privada implementada en la región y a los constantes enfrentamientos entre grupos armados.

2.2 Dos versiones, una historia

Sin lugar a duda la importancia de Buenaventura dentro del panorama nacional radica principalmente en su rol como puerto, y su proceso de desarrollo está enmarcado alrededor de esta función, como punto de llegada y salida de mercancía que comunicaba las ciudades de la región andina como Cali o Popayán con el Océano Pacífico (Zambrano & Bernard, 1993). Sin embargo en un principio su origen y fundación se dio bajo los mismos parámetros de los otros enclaves de la región, donde la colonización del territorio estaba estrechamente relacionada con las riquezas auríferas que este ofreciera (1993).

Cabe destacar que la información sobre la fecha de la fundación de Buenaventura es bastante ambigua e inexacta, ya que como Aprile-Gnisset lo dice, “la mayor parte de la información se transmitió de forma oral, y no existen archivos escritos que permitan definir con exactitud su fecha y lugar de fundación”. Pese a esto consultando autores como el mismo Aprile-Gnisset y Zambrano hay correlación en definir los primeros años del siglo XVI como la fecha no de la fundación de la ciudad pero si de sus inicios como asentamiento. Durante esta investigación fue posible identificar gran confusión entre algunos autores en cuanto a la localización original del primer asentamiento de Buenaventura y su fecha de fundación. Sin embargo se destaca (no por su exactitud) una versión que podríamos definir como “oficial” y que a pesar de carecer de fuentes confiables y/o una verificación de estas, fue y es retomada por diversos autores, llegando incluso a ser la que encontramos en la página web de la alcaldía de Buenaventura y del banco de la república.

Esta versión “oficial” fue posible de identificar desde las semejanzas en los relatos de muchos autores, (incluso notas al pie de la letra) quienes dan por hecho que fue Juan Ladrillero quien bajo órdenes de Pascual de Andagoya fundó (1540) un asentamiento en lo que hoy es conocido como

isla de Cascajal, sin embargo más allá de estos datos no es mucha más la información otorgada en esta versión, de hecho hay un salto temporal hasta 1833 cuando la ciudad fue reconocida como puerto libre. El vacío de información existente entre estos dos momentos históricos podría sustentarse un poco en la falta de información a la que hacía referencia Aprile-Gnisset. Sin embargo las inconsistencias en otros aspectos históricos como el origen o la raíz del nombre, y sobre todo la localización original del primer puerto me llevaron a buscar fuentes alternas que brindaran una información más precisa, en esta búsqueda encontré a Aprile-Gnisset quien además de recurrir a fuentes históricas como cronistas de la época hizo un trabajo cartográfico, identificando inconsistencias en la versión “oficial”, sobre todo en cuanto a la ubicación original del puerto, hasta el punto de encontrar una especie de auto rectificación que uno de los autores y principales difusores de la versión de Ladrillero y la fundación en la isla de Cascajal hace en uno de sus libros.

Afirman algunos historiadores que la ciudad de Buenaventura estuvo primitivamente en una de las riberas del río Anchicayá y que la nueva edificada en la Isla Cascajal se inició en el siglo XVIII (Sofonías Yacup, Intendente del Chocó 1930, en Aprile-Gnisset, 1999: 116)

Cabe destacar que Sofonías Yacup fue uno de los principales historiadores del pacífico Colombiano, y cumplió durante varios años funciones como Intendente del Chocó, esto ha llevado a que sus relatos sean tomados por muchos autores (incluyendo a Aprile-Gnisset) como unos de los principales referentes históricos del pacífico, sin embargo en este caso en particular me parece que Gnisset ofrece fuentes alternativas más verificables.

En su libro Jaques Aprile-Gnisset menciona la existencia de un enclave fundado por Juan Ladrillero a mediados del siglo XVI, que probablemente sea el que otros autores mencionan, sin embargo

también hace referencia a la no existencia de huellas construidas ni escritas de este, y sugiere que solo surgió como prolongación de las fases exploratorias de principio de ese siglo y desapareció con la marcha de las tropas españolas hacia otras zonas de la región. Se puede considerar que el posicionamiento de estos enclaves estaba directamente relacionado con la riqueza o no aurífera del territorio, razón que pudo llevar a la no consolidación de este. Igualmente Aprile-Gnisset mención al rol de Pascual de Andagoya, sin embargo lo sitúa en un tiempo posterior al de Ladrillero, aproximadamente entre uno y dos años después. La aparición de Andagoya trajo consigo la fundación de un pequeño enclave que sería conocido como La Buenaventura, situado sobre el río Anchicayá, a pocos kilómetros de la ubicación actual de la ciudad, donde según cronistas de la época como Pedro de Cieza existía una gran riqueza aurífera. Sin embargo la fundación de este enclave no siguió ninguna de las normas del Consejo de las Indias¹⁰, razón por la cual no existiría documentación sobre su fundación y llevaría a Andagoya a tener serias disputas con el gobernador de la zona (Belalcazar) y a pasar unos años en prisión.

Al parecer este sería el origen verdadero de lo que posteriormente sería la ciudad de Buenaventura, y su ubicación original sería confirmada por los cronistas de la época, Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Cieza de León. Este último además de describir la entrada al puerto en una de sus crónicas, también hace referencia a Juan Ladrillero como descubridor del río Anchicayá (no lo relaciona con Andagoya) y a las dificultades de la conexión entre este asentamiento y Cali, sugiriendo un “camino” alterno por el río Dagua.

“...Salen a la mar muchos y muy grandes ríos, que nacen en la sierra; por el uno de ellos entran las naves hasta llegar al pueblo o puerto de la Buena Ventura. Y el piloto que entrare ha de saber bien el río, y si no, pasará gran trabajo, como lo he pasado yo y otros muchos, por llevar pilotos nuevos” Pedro Cieza de León, capítulo XXIX, en Gnisset (p.112)

¹⁰ Órgano administrativo de las indias que se encargaba de asesorar al rey en aspectos ejecutivos, legislativos y judiciales, entre sus atribuciones estaba la de la organización administrativa de las Indias ya fuera en la creación de nuevos Virreinos, gobernaciones, etc.

“(Andagoya)...descubrió la bahía de la Cruz (...) y entran en ella muchos ríos grandes y pequeños. Y subió por uno de ellos tres leguas la tierra adentro, llevando siempre cinco brazas de fondo; e llegó a un puerto (...) y el quedó fundado un pueblo, e llamole la ciudad e puerto de la Buenaventura”

Gonzalo Fernández de Oviedo, en Gniset (p.112)



Mapa de la bahía de Buenaventura, www.imeditores.com

Este primer enclave surgió bajo la lógica de poblamiento desarrollada para toda la región pacífica en la época, donde pequeños campamentos compuestos por españoles y cuadrillas de esclavos se iban estableciendo en zonas con riqueza aurífera, dando pie a dinámicas de explotación y dominación minera (Zambrano & Bernard, 1993). Sin embargo estas dinámicas tenían como

consecuencia que a medida que la extracción minera disminuía el enclave iba desapareciendo. Este fue el caso de La Buenaventura, sin embargo para que esto pasara fueron muchos los avatares y conflictos de intereses personales que se presentaron.

En un principio la principal función que tenían estos enclaves mineros era la extracción de oro, por eso el tipo de vivienda que se desarrollaba en estos era del tipo de campamentos, donde vivían principalmente los esclavos pertenecientes a las cuadrillas. Sin embargo la importancia de tener vías de conexión con el interior fue un aspecto que gradualmente tomo relevancia, frente a la necesidad de vías que permitieran el tránsito de mercancías y víveres y que sirvieran de conexión entre el interior del país y otros países. En el caso particular de La Buenaventura (Anchicayá) se buscaba principalmente establecer una ruta que uniera el enclave con Cali. Sin embargo las dificultades geográficas fueron siempre un impedimento, así lo refleja el Visitador Magaña durante su paso por Cali en 1547:

Y por ser poca la posibilidad de los vecinos de aquí, no han podido abrir el camino de aquí a la Mar, porque son menester cantidad de negros, y por esta causa con los indios que están poblados en aquella cordillera de la mar, tran aquí las cargas a dos arrobas por peso cada indio, y aunque los indios son de carga y acostumbrados a ella, todavia se mueren y son menos cada dia; Vuestra Majestad deberia de mandar que este camino se abriese haciendo alguna merced a esta ciudad
(Visitador Magaña en Aprile-Gnisset 1999: 119)

De acuerdo con Gnisset este tipo de relatos o crónicas entre las que también están las del gobernador Francisco Belalcazar, quien reconoce las asperezas del camino, llevaron a considerar dos alternativas para mejorar el tránsito, una de ellas era la de abrir un nuevo camino, la otra proponía un nuevo puerto, que cumpliera funciones más comerciales y cuya ubicación mejorara las comunicaciones entre Cali y otras ciudades del interior con diferentes países del continente y de Europa. Sin embargo en un principio ninguna de las dos alternativas tuvo buena acogida,

principalmente por parte de los dueños de las minas de oro. Adicionalmente estas propuestas eran obstaculizadas por la misma Corona y las autoridades de Quito y Popayán, quienes no veían viable ninguna de estas propuestas, La Buenaventura permaneció de esta forma casi totalmente incomunicada; además a estas dificultades debe sumarse “la influencia que tuvieron intereses económicos de puertos como el de Cartagena, Guayaquil y Panamá, desde donde se veía el desarrollo de otro puerto como un estorbo” (Aprile-Gnisset 1999:153).

Sin embargo gradualmente las necesidades económicas y de comunicación del interior fueron influyendo no solo en la construcción de un camino apto, sino también en la búsqueda de una localidad que otorgara mejores condiciones como puerto comercial y salida al mar, principalmente desde la región del Valle del Cauca. Adicionalmente el declive en los niveles de explotación minera en las zonas de Anchicayá y Raposo fueron restando importancia al pequeño asentamiento, llevando de esta forma a un inminente traslado.

Realmente no existe de forma documentada una fecha exacta en la cual se establezca la fundación de la ciudad o se mencione el traslado del asentamiento. Sin embargo para finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX Aprile-Gnisset hace referencia a Buenaventura en su ubicación actual, dejando constancia de la falta de documentación sobre la fundación, y menciona que para ese momento no era más que un pequeño asentamiento, poco poblado, donde convivían en su gran mayoría familias de pescadores africanos y libertos, que solo con el tiempo y los intereses comerciales estatales y de particulares iría cobrando relevancia como puerto.

Para este periodo, autores como Aprile-Gnisset, Garnet y Reyes hacen común referencia a las inclemencias geográficas y el poco interés político como principales causantes del atraso o poco desarrollo que tuvo este asentamiento.

(..)Nunca tuvieron la intención de establecer población alguna en Buenaventura. Dentro de las razones pueden enumerarse: la resistencia de los nativos, la espesa selva, la alta

humedad, la inclemente temperatura, y en definitiva, el conjunto de todas sus condiciones geográficas que hacían poco conveniente y muy riesgoso el establecimiento de un centro de operaciones conquistador en la región. (Suarez F. , 2010)

Esta situación se refleja en la falta de documentación existente no solo frente al origen del asentamiento sino también sobre sus primeros pobladores y sus dinámicas de vida. Sin embargo desde la historia oral podemos encontrar un poco más de información ya que los etno-educadores¹¹ de la zona hablan de dos procesos de poblamiento, por un lado los libertos que anteriormente pertenecían a cuadrillas de esclavos mineros y que compraron su libertad con lo ahorrado durante los días “libres” que algunos dueños de minas otorgaban. Por otro lado hacen mención de procesos migratorios desde las cuencas de los ríos aledaños de libertos que en un principio iban de paso, pero que posteriormente y tras encontrar condiciones aptas para actividades productivas como la pesca y el cultivo de pancoger decidieron instalarse en la zona, en cualquiera de los dos casos se habla de un poblamiento mayormente africano o de descendientes de estos y también se hace referencia a un desplazamiento gradual por parte de los indígenas que vivían en esta zona hacia el interior de la región, a zonas más altas y más tranquilas. Cabe destacar que los etnoeducadores mencionan muy poco la presencia española, pero reconocen una presencia ligada principalmente a fines administrativos o de tránsito.

Durante estos primeros años después de su “fundación” no fueron muchos los cambios que se generaron en la nueva Buenaventura, su crecimiento urbano y demográfico fueron muy limitados y similares al de otros centros urbanos de la región, y su relación con el resto del país era prácticamente inexistente ya que pese a numerosos intentos por activar el puerto este no vio actividad hasta principios del siglo XIX, momento en el que inicia la verdadera etapa de auge o

¹¹ El Colorado, etnoeducador del PCN

crecimiento de la ciudad, ya que pese a las dificultades geográficas, fue durante este siglo que la ciudad o villa en ese momento, entró realmente a formar parte del panorama político de la nueva nación emergente (Republica), que con el dislocamiento del imperio comenzó a impulsar políticas que permitieran el crecimiento y desarrollo del puerto (Aprile-Gnisset, 1993), “La lectura cuidadosa de los autores citados sugiere que las primeras fundaciones de Buenaventura no fueron marítimas sino fluviales, y que el asiento actual en la isla de Cascajal sólo surge en vísperas de la independencia” (p.111)

2.3 La república y sus inicios como distrito portuario

En términos generales el primer gran paso para la consolidación de Buenaventura como ciudad portuaria se dio bajo el decreto 389 de 1827, cuando el entonces vicepresidente Francisco de Paula Santander declaró a Buenaventura puerto libre y franco para la importación y exportación en el Pacífico, y adicionalmente en pro de convertirla en un importante centro comercial e industrial otorgó títulos de propiedad sobre el territorio para aquellas personas que edificaran sobre la zona de la isla de Cascajal. Esta medida además de repercutir significativamente en el crecimiento poblacional de la provincia y ser bastante innovadora para la región, ayudó a consolidar el proceso de edificación ya iniciado en el año 1823 por medio del cual se buscaba reunir en un solo punto a los vecinos del cantón dispersos por los ríos, y que fue llamado por Kathleen Romoli (1962) “*El inicio de la historia de la Buenaventura moderna*”.

Sin embargo este proceso se desarrolló de forma lenta y tendrían que pasar casi 50 años para que la provincia fuera epicentro de un cambio urbanístico y demográfico significativo, ya que pese a las iniciativas de Santander la relevancia de Buenaventura como puerto del pacífico no seguía siendo más que un proyecto oficial de modernización y la villa era descrita en frases como estas

“Una docena de chozas habitadas por negros y mulatos, un cuartel con una guardia de once soldados, tres piezas puestas en batería; la casa del gobernador, lo mismo que la de la Aduana, es de paja y bambúes, situada en la isleta de Cascajal, cubierta de hierbas, espinas, fango, serpientes y sapos: esa es Buenaventura”

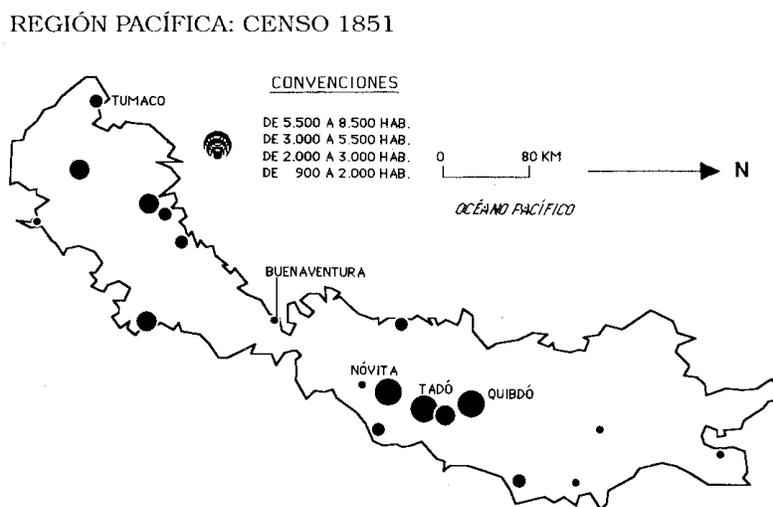
Gaspard Mollien 1823, en Gniset, p.134

“Buenaventura se compone de unas cuantas casas miserables, habitadas por descendientes de Africa, un cuartel con una corta guarnicion, que cubre una pequeña bateria, y ademas la casa del Gobernador y la Aduana, formadas en guaduas: esta situada en una pequeña isla, cubierta de yerba, espinas, fango, serpientes y sapos”

Geógrafo Montenegro 1830, en Gniset, p.134

No es mucho lo que se sabe en este periodo de tiempo acerca de la demografía y la infraestructura urbana, solamente a partir de estas crónicas se puede identificar el tipo de edificaciones que existía en Buenaventura y que en su mayoría los pobladores eran de origen africano. El número aproximado de habitantes se desconoce y solo hasta el censo poblacional realizado en 1851 se identifica una población aproximada de 2000 habitantes, un número que para la época podría parecer grande pero que comparado con otros centros urbanos de la región como Nóvita y Quibdó era significativamente menor. Igualmente el desarrollo urbanístico no iba a tener grandes cambios en este periodo de tiempo, y las pocas casas que habían, seguían un patrón urbanístico lineal a la orilla del mar (Gniset) similar al de los otros centros urbanos de la región. Durante este periodo de tiempo fueron varias las medidas que se llevaron a cabo para buscar acelerar el crecimiento industrial y portuario de Buenaventura. Entre estas la construcción de algunas edificaciones como la aduana, la casa de gobierno y algunos fuertes y cuarteles, adicionalmente se empezó a considerar la construcción de un ferrocarril que permitiera conectar al puerto con Cali, y aunque el impacto y puesta en marcha de estas medidas no fue instantáneo, su sola planeación influyo significativamente en varias etapas del posterior desarrollo del puerto, además marcó un punto de corte con el desarrollo de otras ciudades, en las cuales el crecimiento se dio de forma gradual

siguiendo los pasos identificados por Gniset para el modelo de poblamiento “clásico” negro que más adelante explicare.



Fuente: Base de datos “Historia Municipal”. Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia.

Para el año 1872 además de firmarse el primer contrato para la construcción del ferrocarril, que por cierto era el primero de la región, Buenaventura pasa de ser una provincia a reconocerse como distrito. Adicionalmente en las siguientes dos décadas se impulsan diversas obras civiles de modernización y agilización del transporte como la construcción de muelles, y el desarrollo del camino del Dagua que permitiera una conexión alterna al ferrocarril con Cali, obras que incentivaron un desarrollo mayor de dinámicas comerciales, llevando a la construcción de casas de comercio y de bodegas y dando inicio a una etapa que Aprile-Gniset llama “La fase Portuaria, dirigida hacia el comercio internacional y objetivos económicos” (Gniset, 153). Cabe destacar que detrás de todas estas propuestas siempre hubo presencia de actores ajenos a los estatales, principalmente empresas norte americanas o inglesas, que impulsaron el desarrollo industrial de la ciudad desde sus necesidades comerciales y económicas.

Para finales del siglo XIX Buenaventura ya era epicentro de grandes obras de infraestructura, las cuales tuvieron un gran impacto en el diseño y uso urbanístico del territorio de la ciudad, dándole un aspecto más industrial.

Estas transformaciones se vieron afectadas por varios incendios que llevaron a tener que reconstruir la ciudad en varias ocasiones, En el fragmento de una carta del 20 de abril de 1881 recopilada por Gniset un comerciante describe a su padre los impactos del incendio ocurrido ocho días antes: “El puerto de Buenaventura se incendió y solamente se han salvado cuatro casas; todas las casas de consignación se incendiaron y todos los comerciantes del Cauca han hecho fuertes pérdidas” Sergio Reyes 20 de abril 1881, en Gniset (p.144)

Sin embargo, estas problemáticas no llevaron en ningún momento al detrimento del proyecto portuario establecido para Buenaventura. Por el contrario, fueron una muestra de lo ambicioso que este era y sobretodo de los intereses particulares que lo rodeaban, ya que las constantes obras de reconstrucción producto de los numerosos desastres naturales que azotaron el puerto, estuvieron siempre a cargo de multinacionales norteamericanas o europeas. “En 1919, la administración regional había conseguido la financiación de un nuevo muelle marítimo en un banco de New York, y es el ingeniero yanqui Blackwood quien lo entrega terminado en 1923” (Gniset, 1993, p.148)

Particularmente, pese a ese interés estatal y privado en el rápido desarrollo de Buenaventura es poca la información que se tiene de las dinámicas poblacionales que se dieron allí durante el inicio de la “fase portuaria”, autores como Maximiliano Caicedo en su libro “*Diferencia dialectal en el español hablado en Buenaventura*” (1996) hacen mención de procesos migratorios desde municipios como Guapi y Tumaco de personas que buscaban trabajo en la construcción del ferrocarril, “El poblamiento de Buenaventura se ve influido por el elemento negro, enganchado

como obrero en los muelles, en los trabajos de iniciación de la construcción del ferrocarril del Pacífico” (Maximiliano Caicedo en Córdoba Rentería 2010)

Adicionalmente existe la información otorgada por los etnoeducadores sobre procesos migratorios iniciados por descendientes de esclavos desde las cuencas del río Calima, Raposo y Anchicayá. Pero solo para principios del siglo XX, cuando esta fase está en su apogeo es que se empieza a evidenciar un interés estatal por conocer (en cifras principalmente) el proceso de poblamiento que se venía desarrollando en la ciudad, principalmente por el nuevo papel que esta estaba adoptando. Inevitablemente esta “fase portuaria” llevó a Buenaventura a un rol de “ciudad receptora” de migrantes de otras regiones, que veían allí posibilidades de desarrollar diferentes actividades económicas. Las constantes referencias de Aprile-Gnisset a mercaderes de origen caucano, principalmente a partir de los relatos de las pérdidas económicas ocasionadas por los diferentes incendios y desastres naturales como el de Sergio Reyes, más los censos de la época nos llevan a pensar que desde el Cauca se desarrolló una de las principales oleadas migratorias, sin embargo a diferencia de los procesos descritos por Caicedo y los etnoeducadores este proceso estaba enfocado en el desarrollo de actividades como la importación y exportación desde las llamadas “casas de comercio”, esta hipótesis se podría sustentar desde el rol que jugó en la economía nacional la elite caucana durante el período de tiempo que abarca finales del siglo XIX y principios del siglo XX, donde un número importante de familias se movilizó hacia las diferentes zonas del país donde identificaban potencial económico.

Blancos	422
Negros	1711
Indios	52
Mezclados	898
Total Hombres	3083

Adicionalmente se contabilizan 53 extranjeros,
Censo realizado por la Junta Central, 1912. (Gniset, 1993:145)

Solo hasta 1912 podemos encontrar un censo poblacional medianamente claro, según el cual Buenaventura ya contaba con más de 3000 habitantes en su casco urbano, cifra que más adelante aumentaría de forma un poco repentina y brusca, principalmente por las nuevas dinámicas que se venían desarrollando dentro del puerto. En este censo se puede identificar una mayoría de población africana, consecuencia de los procesos migratorios a los que se refieren los diferentes etnoeducadores de la ciudad, y cuyo impacto demográfico y social ya había sido documentado previamente en los relatos de algunos viajeros de finales del siglo XIX.

“La mayor parte de la población de Buenaventura es de raza Africana, generalmente no se ven más que negros en los umbrales de las puertas de los almacenes, y son ellos los que hacen todos los trabajos de carga y descarga del Puerto, de la Aduana Nacional y del Ferrocarril”

Georges Brisson, 25 de septiembre de 1891, en Gniset, p.144

La referencia de Brisson es además evidencia escrita de la brusca transformación que tuvo la ciudad entre finales del siglo XIX y principios del XX, ya que a la pequeña villa de pescadores mencionada por Mollien y Montenegro solo le bastaron 60 años para pasar a ser descrita en términos más propios de una ciudad portuaria, que además de contar con importantes construcciones como la Aduana y el Ferrocarril contaba con una actividad económica que crecía con gran velocidad. Y que poco a poco iba relegando, en términos comerciales, a puertos como Cartagena y Barranquilla.

“En la década siguiente (1890) se nota una variación: diversas obras civiles de modernización y agilización del transporte, muelles, camino del Dagua, inicio del ferrocarril, incentivan la demanda de bodegas y de casas de comercio, las cuales se localizan al pie de la playa”

(Gniset, 1993 p.151)

Para finales del siglo XIX Buenaventura estaba siendo epicentro de grandes transformaciones industriales, sin embargo continuaba sin existir un proyecto claro de ciudad que se diera a la par de estos cambios y de los procesos de poblamiento que cada vez se daban en mayor número, generando una brecha entre la zona portuaria, su desarrollo industrial, y la zona de vivienda. De esta forma Buenaventura crecía cada vez más como puerto pero no como ciudad. “(Buenaventura) complejo de tránsito de productos y mercancías; muelles, malecones y bodegas. Desde siglos y hasta el día de hoy a nadie se le ocurrió construir una ciudad” (Gniset, 1993, p.154).

La falta de planeación urbana durante el proceso de desarrollo de Buenaventura es uno de los factores determinantes de la situación actual del puerto, que se agudizó con los procesos de desplazamiento forzado de finales del siglo XX que se dieron desde diferentes partes de la región y del país y que llevaron a un incremento demográfico muy acelerado. Previo a la llegada de desplazados, durante la primera mitad del siglo XX, Buenaventura también tuvo otras oleadas migratorias generalmente de personas del interior del país que buscaban oportunidades laborales en las actividades comerciales y en las diferentes obras de recuperación de la ciudad que se dieron a raíz de los diferentes incendios y desastres naturales. “Con el inicio de las obras de recuperación de la ciudad (1925) y el aumento de las actividades comerciales llegó un importante número de obreros (a Buenaventura), muchos de los cuales al no encontrar trabajo se dedicaron a la vida ociosa” (Suarez F. , 2010)

Estas oleadas llevaron a que el número de ciudadanos de Buenaventura aumentara rápidamente

llegando a un aproximado de 12000 habitantes para 1918 y de 35000 para 1938. Se debe destacar que estas oleadas migratorias provenían principalmente de Antioquia y la zona cafetera, y generaron un gran impacto en la ciudad, sobretodo en el desarrollo comercial del centro de esta, donde nuevos monopolios económicos se fueron estableciendo por parte de “los paisas”, generando más segregación entre la población.

Durante toda la historia de Buenaventura se pueden identificar diferentes oleadas o procesos migratorios significativos. Sin embargo uno de los que genero más impacto fue el de finales del siglo XX, cuando la ciudad comenzó a ser centro urbano receptor de gran parte de la población víctima de desplazamiento forzado de la región. A finales de los 90s se presentaron numerosas masacres en las zonas rurales de Buenaventura y en algunas de las cuencas de los principales ríos aledaños, Aguaclara y Llano Grando fueron unas de estas, cuyo resultado fue el desplazamiento de aproximadamente 2000 personas hacia el casco urbano. El desplazamiento es el hecho que más ha impactado la vida económica, social y política del municipio de Buenaventura (Suarez F. , 2010)

Estos desplazamientos llevaron a un punto crítico a la ciudad, ya que el aumento “desmedido” de la población puso en evidencia que la planeación de Buenaventura se concentraba en aspectos industriales y que el urbanismo y aspectos como la habitabilidad no habían sido considerados dentro de los planes de desarrollo de la ciudad. Evidencia de esto es la falta de planeación a futuro del acueducto de la ciudad, cuya capacidad estuvo por muchos años reducida a un número aproximado de 35000 habitantes, y que aún hoy en día pese a las promesas y reformas sigue sin poder dar abasto, prestando un servicio intermitente, que se refleja en el “día de por medio” con que este servicio llega a la gran mayoría de los barrios.

Curiosamente muchas de estas problemáticas no son un panorama muy distinto en el resto de la región pacífica, ya que las condiciones de vida de los bonaerenses son similares en muchos aspectos a las de habitantes de otros centros urbanos como Quibdó y Tumaco. Allí la invisibilización generada por la ausencia del estado, que se refleja en el mal estado de las calles y vías de conexión con el interior del país, la falta de servicios públicos, los altos índices de desempleo, etc., ha generado un proceso de marginación similar.

Sin embargo aunque en muchos aspectos la historia de Buenaventura parece ser similar al de otros centros urbanos de la región e incluso del país, lo que llama la atención es la dicotomía de su desarrollo, evidente en la forma como se consolidó el proyecto portuario propuesto desde finales del siglo XIX y la marginalidad y poca planeación del proyecto de ciudad. Dicotomía que generó grandes impactos en la forma de vida de los bonaerenses, llevando a gran parte de la población a ser forasteros en su propia ciudad, buscando de forma inútil desempeñarse en actividades acordes a un modelo económico portuario que no es incluyente, donde generalmente el único trabajo al que pueden acceder es como bulteros.

Esta marginalidad en la que viven la mayoría de los bonaerenses ha sido un elemento determinante en el aumento paulatino de la pobreza la cual hoy por hoy se encuentra en uno de sus niveles más altos y de la cual se desligan otras problemáticas como el aumento en los índices de violencia y la desigualdad social, elementos que han catalizado la situación actual de la ciudad.

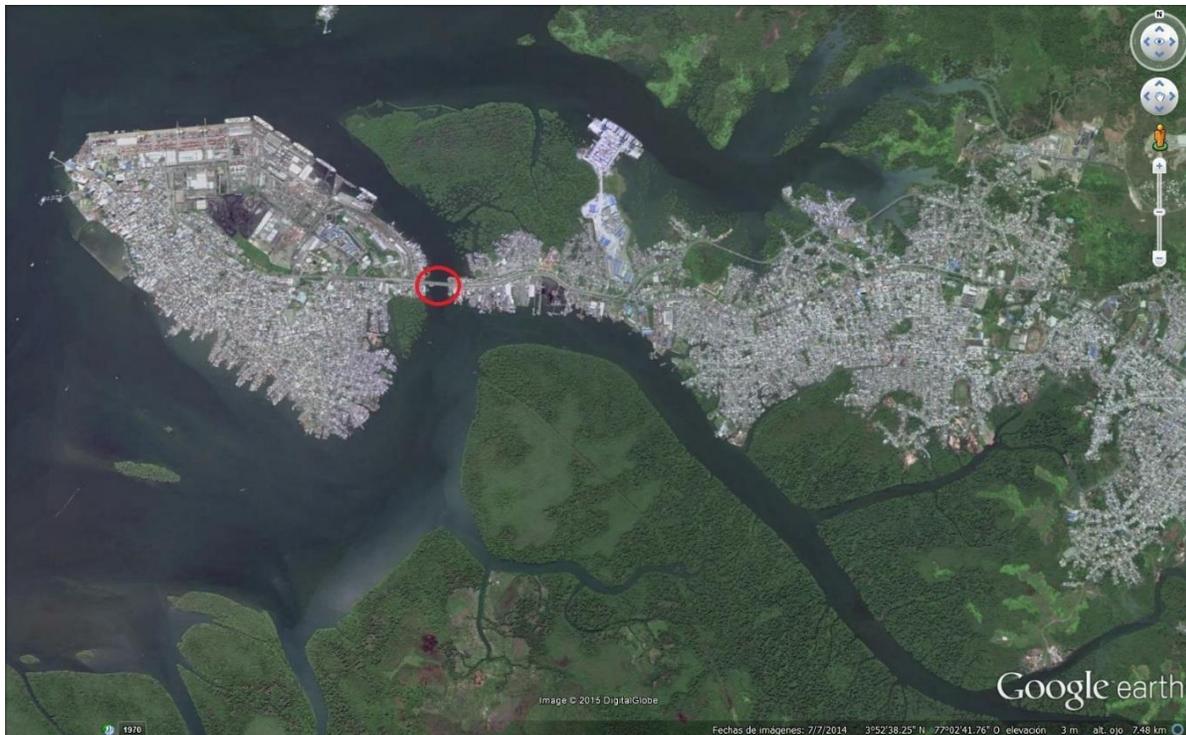
2.4 “Del caney al bulevar camino dos pasos.....”¹²

Al margen de ese proyecto industrial impulsado desde principios del siglo XIX se ha venido desarrollando en Buenaventura un proyecto alternativo de ciudad, con poca planeación e intervención

¹² Verso de la canción “Buenaventura y Caney” del grupo Niche, lanzada en 1991

estatal, con muchas brechas sociales y del cual participan todos sus habitantes.

Diferentes acciones y hechos como las marchas en contra de la violencia, la resistencia a macroproyectos o incluso los enfrentamientos entre grupos al margen de la ley evidencian día a día esta ciudad alterna, la cual es más humana que industrial y donde diferentes actores convergen desempeñando diversos roles (positivos y negativos). Una ciudad que busca sobresalir frente a quienes solo la ven como un puerto de entrada y salida de mercancía pero que a la vez ha sufrido de constantes intervenciones de grupos armados que buscan imponer sus propios intereses. La falta de planeación en Buenaventura no ha sido impedimento para el desarrollo de nuevas propuestas de desarrollo urbano como la de Bajamar y los barrios y comunas que los mapas político-administrativos muestran, poco evidencian la verdadera configuración espacial de la ciudad de cuadras que se convirtieron en barrios por acontecimientos históricos que hoy en día pocos recuerdan, por conflictos entre vecinos o por la aparición de fronteras invisibles; una ciudad cuya única división visible para el forastero es la existente entre la zona insular y la zona de continente, marcada por el puente del Piñal.



Puente del Piñal

Sin embargo esta ciudad también es impensable sin su contraparte industrial, ya que ha desempeñado un rol fundamental en las dinámicas de vida de las personas, que pese a la marginalidad han encontrado herramientas para sacar su propio provecho de la infraestructura portuaria, ya sea para el desarrollo de actividades comerciales, económicas, turísticas o ilegales, o para el tráfico ilegal de drogas.

Ser el puerto por donde pasa el 60% de las exportaciones e importaciones del país también significa ser un lugar propicio para el desarrollo del contrabando, el cual inunda toda la ciudad pero se concentra en mayor magnitud en la zona céntrica (ubicada en la zona de isla), donde caminar por las calles es adentrarse en una serie de tiendas, misceláneas, licorerías, etc., donde llegan todas las mercancías ilegales producto de ese contrabando, y donde es posible encontrar todo tipo de elementos de uso cotidiano como toallas, cepillos de dientes, vasos, etc., a precios muy bajos. Ejemplo de esto es que durante mi último viaje conseguí una toalla grande y un pocillo por 3500

pesos que de acuerdo con el dueño de la miscelánea provenían de China.

Esta zona es quizá la más concurrida de la ciudad, una mezcla entre zona administrativa, comercial y turística, la cual tiene una gran particularidad, la influencia paisa, que se evidencia en un primer momento en los nombres de los locales (El Hueco, La tienda del paisa, Licores Medellín, etc.) pero que se hace más evidente al conocer un poco la forma como esta creció y el monopolio que se ha generado a su alrededor.

En Buenaventura los paisas son aquellas personas no locales, provenientes del interior del país, principalmente de la zona cafetera o Antioquia. Llegaron en diversas oleadas migratorias por causa del desplazamiento forzado o simplemente por la búsqueda de mejores oportunidades laborales. En cualquiera de los casos se asocia su llegada a la llamada colonización antioqueña, fenómeno que se dio por todo el país desde mediados del siglo XVIII y que se extendió hasta finales del siglo XX.

Algunos autores como Félix Suarez¹³ (2010) hacen referencia al “empuje” y “tenacidad” paisa para los negocios como elemento principal para la consolidación de esta zona de Buenaventura. No sé hasta qué punto esto pueda ser cierto o cuales sean los elementos que sustentan esta hipótesis, pero algo que no se puede negar es el monopolio económico y comercial que los paisas tienen no solo en el centro de la ciudad, sino también en la mayoría de los barrios. Monopolio que se fue tejiendo como una red familiar, donde las primeras familias en llegar y lograr establecer algún tipo de negocio hacían invitación extensiva a otros familiares que aun vivían en su lugar de origen, llevando paulatinamente a un conglomerado de negocios cuyos dueños eran exclusivamente “paisas”.

Buena parte de estas empresas de barrio, talleres de mecánica, almacenes de ropa, ventas

¹³ Docente de sociología de la universidad del Pacifico y miembro de los equipos de Etnoeducación afrocolombiana y de competencias ciudadanas

de minutos a celular en viviendas, son manejadas por estos personajes, que junto a sus familiares están tejiendo una red con altos niveles de legitimidad y aceptación.
Félix Suarez Reyes, p.11

“la colonización paisa empieza con la llegada de una familia, la cual en sus primeros meses monta algún tipo de negocio, ya sea una tienda, una panadería, un estadero, etc., posteriormente y de acuerdo con el tiempo que le tome consolidar su negocio esta familia ofrecerá a otros familiares o amigos la posibilidad de poner un negocio complementario o diferente al que ellos tienen (lo ideal es que no sea similar), de esta forma aumentan las posibilidades de abarcar un comercio más grande. Así poco a poco se va tejiendo una red de comercio apoyada en lazos de familiaridad o amistad”. Harrinson Moreno, PCN

Poco a poco el monopolio paisa fue creciendo por la ciudad y hoy en día ha transgredido otros sectores de la economía Bonaerense, llevándolos a tener un gran control sobre el tránsito interurbano.

El tamaño relativamente pequeño de la ciudad de Buenaventura hace que la movilidad sea fácil, ya sea caminando, en buseta o en taxi las distancias son generalmente cortas, y quizá los trayectos más largos sean los que unen la parte insular con la parte de continente. Sin embargo hay una gran cantidad de taxis, busetas y jeeps que ofrecen el servicio de transporte interurbano. Los precios de este servicio no superan los 2000 pesos, ya que incluso los taxis prestan un servicio de colectivo, recogiendo y dejando pasajeros a medida que recorren la ciudad, y cobrando entre 1200 y 2000 pesos dependiendo del trayecto. Por su parte las busetas tienen rutas específicas, marcadas del 1 al 12, y aunque el precio oficial es de 1500 pesos, la mayoría de la gente solo paga 1000 pesos o incluso menos.

Esta variabilidad en los precios se debe en gran parte a la poca demanda de usuarios y a la necesidad de adaptarse a sus requerimientos y posibilidades económicas. Escenario que también se evidencia en la búsqueda constante de usuarios por medio del toque de pitos y gritos de taxistas y ayudantes de busetas, los cuales en su mayoría no son propietarios de los vehículos, y deben recurrir a estas estrategias como método para captar más ganancias económicas. Sin embargo, esta

competencia solo se limita a buscar suplir las necesidades económicas de conductores y ayudantes, ya que el trasfondo de este escenario muestra un control casi total por parte de los paisas. Nombres como “el putas de aguadas”, “la Verraquera” y “la paisita” son muy comunes para las busetas y son un reflejo de una búsqueda constante que algunos de sus dueños hacen por marcar las diferencias étnicas y el “empuje paisa”; inundando junto al comercio la ciudad con elementos alusivos a la “cultura paisa”.

Como lo menciona Félix Suarez la presencia paisa y su monopolio se encuentra bastante legitimado, no solo por el gran poderío económico que han logrado obtener sino también por el apoyo de algunos grupos al margen de la ley que operan en la ciudad, los cuales a cambio de las vacunas o financiación recibida por comerciantes y dueños de taxis y busetas se encargan de mantener al margen personas o almacenes de cadena que pongan en “riesgo” o sean competencia para los negocios ya existentes.

Sin duda este fenómeno ha generado grandes impactos en la economía de la ciudad, y en la forma como se establecen las relaciones comerciales, marginando a gran parte de la población de algunas de las actividades económicas principales. Sin embargo existen en la ciudad algunos modelos económicos alternos, los cuales se desligan de la praxis paisa del más vivo donde se busca por medio del monopolio sacar provecho de los precios, aumentándolos de manera desmedida. Estos modelos son más acordes con el tipo de relaciones sociales que se establecen entre los afro y con las prácticas económicas tradicionales del pacífico, como el trueque, cuyo modelo explicare más adelante.

Los altos niveles de pobreza y extrema pobreza de gran parte de la población bonaerense¹⁴ hace casi imposible la compra de productos básicos en las tiendas de los barrios o del centro, muchas veces para poder comprar unos huevos, leche o carne las personas deben recurrir al libro o cuaderno de fiados que la mayoría de tenderos maneja. Sin embargo estos “créditos” tienen un límite el cual generalmente es establecido por el tendero de acuerdo a las posibilidades económicas del cliente. Ante este panorama muchas personas han encontrado en el trueque y los lazos de compadrazgo una forma alterna de suplir muchas de sus necesidades. La galería de Pueblo Nuevo es quizá el lugar donde esta práctica se hace más evidente; en este lugar llegan todos los días los productos de las largas jornadas de pesca y agricultura, cuya comercialización es el soporte de gran parte de las familias más vulnerables de la ciudad. Sin embargo la venta de estos productos no es sencilla, principalmente por las condiciones económicas de la mayoría de los clientes, por esta razón se han establecido nuevas formas de comercializarla. El trueque es una de las principales formas de intercambiar productos, donde muchos cambian pescado u otros productos de mar por plátano, papa, huevos, etc. Para poder hacer parte de esta cadena se hace necesario poseer un producto de cambio e interés para el otro, condición que muchos no cumplen, por esta razón los favores se han vuelto una especie de elemento de intercambio: las personas ayudan a cargar los productos o simplemente a comercializarlos a cambio de una parte de estos. Adicionalmente es muy común ver que las señoras, quienes son las encargadas de comercializar los productos en los puestos de la galería, regalen algunos de estos a familiares o amigos cercanos, los cuales generalmente se refieren a estas como “tías” en tono de respeto y agradecimiento.

¹⁴ De acuerdo con el DANE, a nivel general el 13,46% de la población de Buenaventura vive en la miseria, esto es, casi 48.822 personas. (Plan local de empleo 2011 – 2015, Ministerio del trabajo)



Gracias a estas formas alternas de comercializar productos es que muchos habitantes de Buenaventura pueden suplir sus necesidades y las de sus familias diariamente, sin embargo esto se limita solo a aquello que tiene que ver con la alimentación ya que otras necesidades como la salud o el acceso a servicios básicos de agua y energía presentan un panorama muy distinto.

Buenaventura cuenta con una ubicación geográfica estratégica que le ofrece gran proximidad a numerosas cuencas de ríos, otorgándole una riqueza hídrica que pocos municipios tienen en el departamento del Valle (ver mapa pág. 8).

Desembocan por la bahía varios ríos, quebradas y esteros por entre el bosque húmedo tropical y manglares y arenales costeros; los más importantes son el Dagua y el Anchicayá que desembocan por el sur de la bahía. El puerto se constituyó en el extremo noreste de la Isla Cascajal que ocupa, al fondo, aproximadamente el centro de la bahía. (Suarez F. , 2010, pág. 12)

Riqueza que llevaría a pensar en una mejor oferta del servicio de agua, sin embargo este es

precario, basta con pasar unos pocos días para darse cuenta de lo deficiente que es pues no llega a la totalidad de las viviendas, y a las que llega lo hace generalmente de forma intermitente. Esta situación ha llevado a que muchos de los bonaerenses tengan que suplir esta necesidad llenando tanques y baldes con agua lluvia o en los carros de agua de bomberos que en ocasiones pasan por los barrios. Frente a este panorama, después de hablar con algunos miembros del PCN su posición no es muy optimista, pues mencionan que durante cada campaña electoral los candidatos se comprometen con mejorar este servicio y hacerlo llegar a toda la población pero esto no pasa de ser simples promesas electorales, y hasta el momento no se ha logrado avanzar en el mejoramiento de este.

Por su parte, el servicio de energía se presta de una forma relativamente mejor que el agua, ya que este llega de manera más continua a un número mayor de casas. Sin embargo hace poco se mostró su fragilidad cuando por causa de la destrucción de dos torres de energía por parte de las FARC la ciudad sufrió un apagón de más de 72 horas. Esta situación fue muy crítica ya que la única forma de suplir esta necesidad era por medio de fuentes alternas de energía las cuales estaban destinadas a los hospitales y a la zona portuaria, dejando al resto de la población en completa oscuridad y haciendo evidente la necesidad de una mayor inversión en la infraestructura energética de la ciudad para evitar futuros apagones.

Este ataque hecho por las FARC no es algo nuevo en la ciudad, por el contrario se suma a una serie de hechos violentos que vienen agobiándola desde hace ya varios años, pues, desde finales del 2012 (Periódico el País, Julio 10 del 2013), la presencia de grupos como La Empresa, Los Urabeños y Los Gaitanistas han ido transformando gradualmente las dinámicas de la ciudad. La principal disputa que tienen estos grupos se debe al control de las rutas de salida del narcotráfico ubicadas en las zonas rurales y urbanas de Bajamar; esta disputa ha llevado a la aparición continua

de fronteras invisibles entre los barrios, las cuales han cambiado poco a poco la configuración espacial de la ciudad, creando nuevos límites territoriales. Adicionalmente para lograr una consolidación en el territorio estos grupos han establecido ciertos mecanismos punitivos de control como la tortura que usan el cuerpo como principal objetivo y poco a poco han ido configurando y legitimando su poder. Quizá el ejemplo más claro y a la vez macabro son las llamadas casas de pique, estos lugares son los centros de operación de la mayoría de estos grupos, donde además de torturar a sus enemigos y eliminar los cuerpos, pueden generar el control sobre ciertos barrios o extensiones de territorio en la ciudad. Generalmente estas casas se encuentran ubicadas en las zonas más vulnerables de la ciudad, donde existe la mayor ausencia estatal.

Todas estas características descritas anteriormente han convergido durante los últimos años para llevar a gran parte de los bonaerenses a vivir en condiciones críticas. Sin embargo resalta una parte de la población, que sufre con más fuerza los impactos de la segregación estatal y que ha desarrollado históricamente estrategias alternas basadas en la reivindicación étnica para sobrevivir y sobrellevar la marginalidad en la que viven.

2.5 Bajamar o Terrenos Ganados al Mar

ORACIÓN LOS TERRENOS GANADOS AL MAR

*Los terrenos ganados al mar son nuestro territorio;
Los terrenos ganados al mar los construimos con esfuerzo;
Los terrenos ganados al mar son de nuestro territorio del Pacífico;
Los terrenos ganados al mar los hicimos como Pueblo Negro;
Los terrenos ganados al mar son nuestra ombligada;
Los terrenos ganados al mar, regalo de Yemayá, diosa del Mar;
Los terrenos ganados al mar pueden ser nuestro paraíso terrenal.
AMÉN.*

Una de los elementos más llamativos al llegar a Buenaventura o ver fotos aéreas de la ciudad es la gran zona comprendida por casas en palafito que rodean la ciudad, principalmente la zona insular. Casas que contrastan totalmente con las grandes obras de infraestructura con las que limitan y en

muchos casos comparten el mismo territorio. Esta zona es conocida comúnmente como Bajamar. pero sus habitantes la denominan “Terrenos ganados al mar”, haciendo referencia a todo el proceso de construcción y poblamiento que hoy en día abarca aproximadamente el 30% del total del territorio urbano de la ciudad, aproximadamente unas 30.000 personas, según el plan local de empleo del ministerio de trabajo para el periodo de 2011 – 2015.



Foto minuto 90, barrios de Bajamar ubicados en la zona insular de la ciudad

En un primer momento muchas personas asocian esta zona y el modelo de construcción de las casas con barrios de invasión como Moravia en Medellín, construidos sobre predios baldíos por personas cuya condición de pobreza o extrema pobreza no les permite vivir o acceder a otro tipo de vivienda. En el caso de Bajamar o Terrenos Ganados al Mar pese a que muchas de las personas que viven allí se encuentran en condiciones de extrema pobreza, la lógica de construcción del

barrio sigue otros patrones, ligados a aspectos culturales y a la adaptación de estos patrones a un contexto urbano.

Una de las principales características del modelo de poblamiento libre negro de principios del siglo XIX fue la construcción de viviendas en madera sobre pilares o estacas, mejor conocidas como palafitos, las cuales en un principio surgieron como una adaptación del modelo de construcción que los indígenas empleaban para sus Tambos, y con el tiempo se fue desarrollando y adaptando a los usos y necesidades propios. Se destaca un tipo de vivienda que es el más frecuente en toda la región, la “Vivienda Tradicional” cuya tipología de acuerdo con Gilma Mosquera (2010) obedece a una estructura en madera aserrada, una cubierta en láminas de zinc, cerramientos en madera aserrada o tabla cepillada y unos acabados en pintura (a veces).

Esta tipología de vivienda es en gran parte una adecuación al medio y a las necesidades socioculturales de las comunidades afrocolombianas en general, cumpliendo una importante función dentro de las lógicas parentales de familia extensa, siendo el núcleo receptor de miembros provenientes de otras zonas que llegan a la ciudad o al municipio en busca de oportunidades laborales, educativas o por desplazamientos forzados; permitiendo cambios en el diseño y tamaño de vivienda según las nuevas necesidades familiares. Adicionalmente en muchos casos cumple una función de muelle o puerto, siendo el lugar perfecto, por su cercanía al mar o río, para anclar los botes, lanchas o pangas.

Los modelos de organización espacial y la morfología de los asentamientos negros sencillos expresan con fuerza los estrechos nexos que se dan entre los sistemas socioculturales y el medio ambiente natural. Demuestran además la incidencia determinante del parentesco, de la familia extensa y de la solidaridad vecinal en las modalidades de distribución y ordenación del espacio colectivo y en la tipología de la vivienda.

Gilma Mosquera, 2010



Casa de San José, Foto del autor

En el caso de Buenaventura esta tipología y modelo de vivienda se presentó de forma muy particular, creciendo no solo de forma lineal a la costa sino también adentrándose en el mar. La primera etapa de poblamiento de todos los barrios de Bajamar se dio por medio del relleno de las zonas aledañas al mar, donde por medio de relleno con basura y conchas de Piangúa las familias fueron ganando poco a poco terreno, de ahí el topónimo de “Terrenos Ganados al Mar”. Posteriormente a medida que era más difícil el relleno y el suelo para construcción de vivienda se hacía más escaso se empezó a optar por la construcción de casas sobre pilotes en las zonas continuas al área de relleno. Esto de acuerdo con Gilma Mosquera (2010) es una adaptación al modelo tradicional de poblamiento como producto de unas necesidades particulares de la población “el poblado típico no se construye sobre el mar (...). La construcción urbana en

palafitos es un fenómeno nuevo y moderno, resultado de una penuria de suelo urbano para la vivienda popular”.



La importancia de esta adaptación y continuidad del modelo tradicional de poblamiento en un contexto urbano como el de Buenaventura es su aporte a la pervivencia de elementos culturales tradicionales de las comunidades afrocolombianas, Así el proceso de territorialización de las comunidades de Bajamar va más allá del relleno de la zona de vivienda, está en el valor social y cultural que tiene el territorio como escenario de relaciones interpersonales y de dinámicas de vida como la pesca, el baño, la cocina, las fiestas, etc.. Sin embargo el mismo contexto se ha encargado de poner trabas a la continuidad de estos valores culturales, imponiendo un modelo de desarrollo excluyente donde la implementación de grandes proyectos industriales y turísticos busca segregar y marginar a las comunidades que tradicionalmente han ocupado estos territorios. Ante este escenario las comunidades han tenido que recurrir a diferentes tipos de estrategias de resistencia, las cuales en muchos casos no han sido exitosas y han llevado al desalojo y reubicación de muchas familias que tradicionalmente han vivido en Bajamar, rompiendo con diversos tejidos socio-culturales. Sin embargo también hay casos exitosos, donde pese a la presión estatal las comunidades han podido resistir. Uno de estos casos es el del barrio San José, donde la articulación de diferentes estrategias jurídicas y culturales, además del acompañamiento de ONGs y

organizaciones de base como el PCN ha permitido hacer contrapeso a la implementación del megaproyecto turístico “*Malecón Bahía de la Cruz*”.

3 REIVINDICACION ETNICA Y DEFENSA DEL TERRITORIO

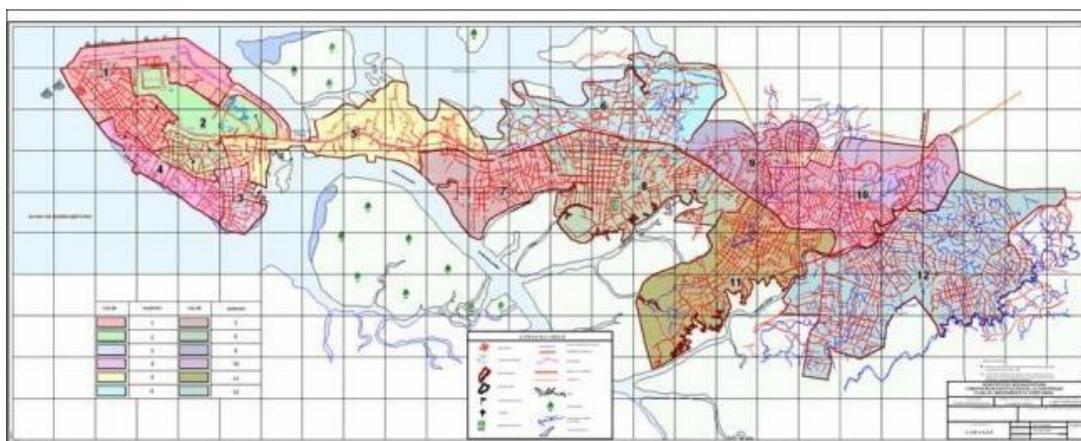
Este capítulo está enfocado en describir, en un primer momento, las problemáticas socio- culturales que rodean a la comunidad del barrio San José, como consecuencia de la planeación y puesta en marcha del macroproyecto malecón Bahía de la Cruz, uno de los pilares de la renovación industrial y turística que se tiene planeada para la ciudad (con miras a hacer de esta un ejemplo de desarrollo económico para toda la región), y cuya primera fase de construcción tiene como área principal de impacto el territorio donde históricamente ha vivido esta comunidad. Adicionalmente se describirán otras dinámicas sociales que rodean a esta comunidad, como la pobreza, el desempleo, la educación, etc., que se derivan de la continua interacción con actores legales e ilegales ajenos a la comunidad, como instituciones del Estado, grupos armados, comerciantes y ONGs entre otros. Esta primera parte tiene como propósito servir de contexto y será descrita desde la experiencia de campo con la comunidad y las entrevistas con líderes y miembros de instituciones y organizaciones de base, todos, actores con algún tipo de interés en la problemática de San José.

Los impactos (positivos y negativos) de estas interacciones y problemáticas han derivado en el desarrollo de procesos organizativos y estrategias locales de resistencia por parte de la comunidad, las cuales en un principio obedecían a unas formas particulares de relaciones interpersonales dentro de la comunidad y buscaban solo hacer contrapeso al desarrollo del malecón y a la intervención de grupos armados ilegales, pero que gradualmente han ido llevando a todo un proceso de resignificación étnica afrocolombiana acompañados por organizaciones de base como el PCN, el cual más allá de ser un instrumento político de relación con el Estado se ha ido convirtiendo, gradualmente, en uno de los ejes principales para la reconstrucción del tejido social de la comunidad y la generación de un sentido de pertenencia con el territorio, no como simple lugar de

vivienda sino como lugar de vida. Estos aspectos serán el foco de la segunda parte de este capítulo, donde nuevamente partiendo de la experiencia propia de la comunidad se describirán las diversas estrategias que se han venido desarrollando en el interior de esta en pro de la defensa de su territorio y toda la dimensión sociocultural que este abarca.

3.1 ¿San José o Sanyú?

Geográficamente el barrio San José está ubicado en la zona insular de Buenaventura, más específicamente en la comuna 1, donde limita con zonas de gran importancia en la ciudad como lo son el comercio y muelle turístico, la galería de Pueblo Nuevo, y por supuesto el océano pacifico.



Mapa de división político – administrativa de Buenaventura, www.buenaventura.gov.co

Esta ubicación estratégica ha permitido a sus habitantes desarrollar unas dinámicas de vida muy particulares, poniendo lo tradicional y lo “moderno” constantemente en contacto, y encontrando

un territorio ideal para vivir, que les brinda grandes posibilidades de subsistencia y movilidad y cuyo modelo de poblamiento sigue en muchos aspectos el modelo de las zonas rurales de la región Pacífica. Además de la ubicación de la vivienda en zonas estratégicas de acceso a ríos, vías, recursos naturales y medios de vida, los afrocolombianos buscan un lugar que permita mantener los lazos familiares con aquellos que viven y llegan de zonas rurales, la vivienda se ubica cerca de los sitios de desembarque o desembocadura.

Sin embargo, esa misma ubicación ha llevado a que actores ajenos a la comunidad fijen sus intereses en esta zona, generando una serie de problemáticas sociales, políticas y económicas que gradualmente han ido rompiendo con el tejido social y llevado a que este se convierta, en palabras del concejal Víctor Vidal, “En una representación a pequeña escala de la totalidad de la ciudad, donde se encuentran todo tipo de problemáticas sociales de pobreza, violencia, drogadicción, etc.” Esta condición ha llevado a que se generen una serie de estigmas sobre el barrio y en general sobre toda la zona de Bajamar pues muchos bonaerenses identifican estos barrios y particularmente Sanyuu (como es conocido San José) como foco de violencia y drogadicción en la ciudad. Situación que no es totalmente alejada de la realidad, pero que sin duda obedece a una serie de factores políticos y económicos de segregación y marginalidad que históricamente han marcado su desarrollo.

Pese a estar localizado tan cerca de una de las zonas más populares y de más afluencia de la ciudad como lo es el comercio y la galería, Sanyú pareciera literalmente ser invisible, ya que permanece escondido bajo las grandes edificaciones que poco a poco se han ido apoderando de la calle uno, principal vía de la zona turística de la ciudad; lo único que lo conecta o visibiliza son unas pequeñas

escalas que en muchas ocasiones (en mi caso por ejemplo) pasan desapercibidas ante lo llamativo de los cafés y restaurantes que las rodean.

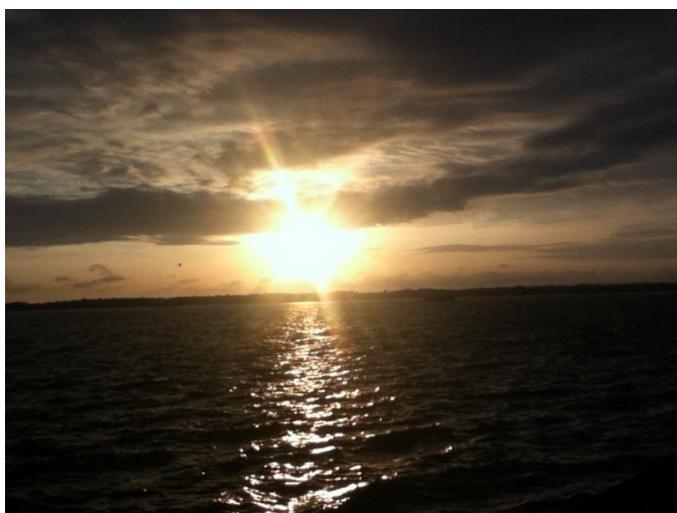


Escaleras que llevan de San José a la calle 1, foto del autor

Estas escalas por sí mismas ya cargan de estigmas a quienes las usan, pues inmediatamente se les asocia con el consumo de drogas, que sin duda es una de las mayores problemáticas sociales que hoy por hoy tiene el barrio. Varios jóvenes de la comunidad me contaron sus experiencias, y dicen que al usar estas escalas ya sea para ir a estudiar o hacer alguna vuelta son frecuentemente requisados por policías, situación que se repite en la otra salida que tiene el barrio, que lo conecta con el barrio Pueblo Nuevo y la galería, y con el barrio Muro Yusti, y donde está ubicada una base militar que, en términos de personas de la comunidad “no sirve pá na” y cuya función parece limitarse a requisar a los habitantes del barrio que los soldados consideren “peligrosos” o “sospechosos”.

Estos estigmas que rodean a San José y que se replican desde las mismas autoridades se han encargado poco a poco de agudizar la marginación del barrio, con una especie de melancolía

algunos mayores del barrio como “Rupanco” y Jairo, recuerdan los días en que Sanyú era sinónimo de fiesta, y punto obligado para todo bonaerense que quisiera disfrutar de las mejores fiestas de la virgen del Carmen. Cada vez son menos las personas ajenas a la comunidad que pasan por este o se acercan a disfrutar del atardecer que desde allí se puede ver, aunque paradójicamente se ha aumentado el número de personas que llegan a consumir drogas, principalmente por la tranquilidad que ofrece la misma marginalidad del barrio.



Atardecer desde San José, Foto del autor

Pero, ¿cuáles son las ideas que el resto de los bonaerenses se hace de San José? – el apelativo Sanyú es en sí un reflejo de la imagen negativa del barrio, un calificativo que de acuerdo con Harrinson nació como forma despectiva que algunos ciudadanos usaban para referirse al barrio, y que con el tiempo se ha ido tomando en forma de burla por la misma comunidad, aunque la connotación que dio a su origen sigue siendo molesta para algunos de los miembros mayores de la comunidad.

Y es que no es fácil estar en Buenaventura y decir que se está realizando un trabajo en San José sin despertar miradas de sospecha o asombro, ahora menos decir que uno se está quedando a dormir en este o que vive allí.

Para gran parte de los bonaerenses San José no es más que una olla de vicio, sin embargo esto es poco si consideramos que otro gran porcentaje ni siquiera conoce el barrio o pensaba que este ya había desaparecido. En varios espacios pude hablar con personas de Buenaventura que viven o estudian en otras ciudades como Cali, Bogotá y Medellín, quienes al oírme mencionar a San José me preguntaban por un punto de referencia más cercano, un lugar “conocido” que les permitiera hacerse a la idea de la localización del barrio. -¿café del mar?- “ahhh donde están esas casitas de madera”- “si, esas casitas son San José, el primer barrio de Buenaventura”.

Mi primera reacción frente a este tipo de respuestas siempre fue de asombro. ¿Cómo era posible que se conociera más un café que el primer barrio de la ciudad? Sin embargo estas son las dinámicas a las que poco a poco va llevando el desarrollo, al menos el desarrollo visto desde una mirada institucional y privada donde el capital prima sobre el ser, y donde lo tradicional poco a poco ha ido dando paso a lo “moderno” o lo nuevo, situación que yo mismo experimenté, ya que en mi caso fue también el interés por conocer este café, con estructura colonial y cañones semejantes a los de un fuerte (y que en un principio parecía limitar con la playa o el mar) el que me llevo a conocer San José.

Cuando les contaba este tipo de experiencias a Jairo y Pedro, líderes y dos de las personas más comprometidas con la defensa del barrio, su reacción no era de asombro, de hecho me decían que bastaba con ver las noticias y periódicos para darme cuenta que San José no era totalmente invisible, que esas personas demás que nunca habían vivido en la ciudad, que de hecho el barrio era muy mencionado, aunque en referencia e hechos que no ocurrían en él.

Al buscar en los distintos periódicos y en internet noticias sobre San José siempre salían titulares o notas como *“Una noche entre las 99 casas de un infierno llamado San José”*, nota publicada el dos de abril del 2014 en el periódico el Tiempo, y donde el barrio se describe como un verdadero infierno, inmerso en constantes balaceras y donde sus habitantes viven en confinamiento. Una posición que para mí es difícil de creer, y más cuando es difícil no ver a Jairo jugando en la cera de su casa cartas o con sus nietos después de llegar del trabajo en las tardes, o imaginarse a Colichín, un joven del barrio, que trabaja como bultero y que poco a poco se ha ido comprometiendo más con el proceso organizativo del barrio, encerrado un viernes en la noche. Como diría Harrinson, “son muchas las cosas que se dicen de San José, pero no es gente del barrio, es gente de afuera, que no vive en él”.

Hay que destacar que en ningún momento busco desconocer los impactos de los enfrentamientos de los grupos armados en San José, de hecho el aumento de consumo de drogas y su venta es una de sus principales consecuencias. Sin embargo sí se debe reconocer que la comunidad ha sabido mantener “al margen” los grupos armados, principalmente los adultos mayores, a quienes se les tiene gran respeto y que además son los encargados de promover constantemente deportes como el fútbol (Javier es quizá el mejor D.T de todo el barrio) sobre el uso de drogas o armas.

Otro factor que ha ayudado a la comunidad a contrarrestar la incidencia de estos grupos ha sido el tipo de relaciones interpersonales existentes, donde los lazos de familiaridad, compadrazgo y amistad dan autoridad a los mayores para reprender a los menores, quienes generalmente los ven como tíos o tías, más allá de un lazo sanguíneo.

Estos lazos también han permitido hacer frente a una de las mayores problemáticas que agobia al barrio, la pobreza y extrema pobreza.

Gran parte de los habitantes de San José no cuenta con una entrada económica estable, el desempleo y los trabajos informales o de medio tiempo son una constante entre la población, principalmente los jóvenes, ejemplo de esto es Colichín y su trabajo como bultero, el cual es muy inconstante ya que depende de la oferta y las necesidades del puerto, el cual cada vez emplea más la tecnología y maquinaria en lugar de la mano de obra y capital humano.

Las altas tasas de desempleo y trabajo informal, consecuentes con el promedio del municipio del 66%¹⁵, han derivado en unas difíciles condiciones de vida, donde el acceso a la educación, salud y productos básicos de la canasta familiar se dificulta. Sin embargo esos lazos familiares y de amistad han logrado contrarrestar esta situación, por lo menos en lo que respecta al acceso a alimentación.

“Aunque no logre conseguir trabajo yo sé que (en San José) todos los días voy a tener para mí y para mis hijas los tres golpes, que mi familia y amigos me van a brindar”. Esta frase fue dicha por uno de los miembros de la comunidad, Álvaro durante una reunión¹⁶ que tuvimos varios habitantes del barrio, dos personas del PCN y yo, . Álvaro como muchos otros miembros de la comunidad tienen un trabajo informal haciendo arreglos o “marañas” en casas, con lo que gana debe cubrir los gastos de sus dos hijas menores, que se encuentran aún en el colegio, y de su esposa y desde que tiene memoria, no ha habido un día en todos sus 35 años en el que la comida le haya faltado en el hogar; y no precisamente de cuenta de su trabajo, sino como resultado de esos lazos de amistad y compadrazgo que unen a la comunidad y que se remontan a los inicios del barrio, los cuales permiten a todos tener acceso al producto diario de la pesca y la recolección de Piangúa. La

¹⁵ Cifra del DANE para el 2014

¹⁶ Reunión llevada a cabo el día 01/08/2013 en la casa de Javier

situación de Álvaro es similar a la de muchos otros miembros de la comunidad, quienes saben que por más duro que haya sido el día, la comida difícilmente faltara en sus mesas.

Es importante aclarar que no todos en San José son pescadores o recolectores de Piangúa, es un grupo reducido de personas las que aun ejercen esta labor y cuentan con un bote o “motor” para hacerlo, sin embargo todos los días al madrugar tienen algo claro, parte de lo que pesquen es para la comunidad, la otra parte, por supuesto, es para el comercio en las pesqueras ubicadas en la Galería. Esta acción, claramente desinteresada, y que yo mismo pude evidenciar cuando me ofrecieron dos pescados para mi consumo es retribuida por parte del resto de la comunidad de diversas maneras, ya sea con otros alimentos, frijol, arroz, papa, etc., o con ayuda en el mantenimiento del bote o la casa (reparación del motor, mantenimiento o cambio de las tablas, pintura, etc.).



Foto del Autor

Estos lazos de amistad son uno de los pilares para la “armonía” en el interior de San José, y han sido los cimientos de los procesos organizativos que más adelante describiré, sin embargo constantemente son puestos a prueba por quienes buscan generar divisiones en el interior de la

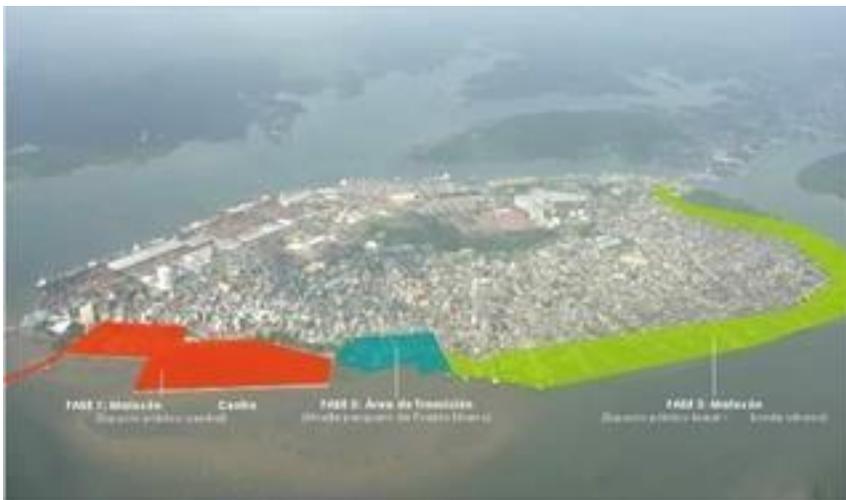
comunidad, actores ajenos a esta que poco a poco han buscado romper estos lazos, y que han tomado como estrategia “la necesidad de mejorar las condiciones de vida de la población”. Estrategia que se ha visto apoyada desde algunos pequeños sectores de la comunidad, donde se ha empleado la politiquería o clientelismo para generar disputas y divisiones internas. El hecho más reciente está relacionado con un antiguo líder y presidente de la de la junta de acción comunal (JAC) quien hizo una fuerte campaña promoviendo la reubicación del barrio en la ciudadela San Antonio, difundiendo entre sus habitantes, la idea que próximamente serían desalojados y que “si no aprovechaban ese momento para elegir una casa se iban a quedar sin un lugar para vivir”. Esta situación de acuerdo con Harrinson y otros miembros de la actual JAC, que por cierto está en proceso de renovación, obedece principalmente a la incidencia de las diferentes instituciones relacionadas con la construcción del macro proyecto del Malecón Bahía de la Cruz, y que ha llevado a que la exclusión social de la que históricamente ha sido víctima la comunidad de San José tome nuevos matices, generando no solo marginalidad sino amenazado también su permanencia en el territorio y sus modos de vida.

3.2 Un malecón poco incluyente

A mediados del año 2013, durante mi segundo viaje a Buenaventura, tuve la oportunidad de hablar un momento con uno de los concejales más reconocidos de Buenaventura, Víctor Vidal, quien además de ser uno de los principales defensores de derechos humanos en la ciudad es miembro activo del PCN. El motivo de esta conversación fue la zona de Bajamar, principalmente el barrio San José y su rol dentro de las políticas públicas y proyectos de desarrollo que se venían discutiendo en el consejo para ese entonces.

Víctor fue muy contundente en sus palabras, reconociendo que el panorama para sus habitantes no era el más prometedor ya que el territorio donde estos viven es fundamental para el desarrollo de

los diferentes megaproyectos económicos contenidos en el plan de ordenamiento territorial (POT), principalmente el Malecón Bahía de la Cruz, con el cual se tiene planeado toda una intervención económica y de remodelación para toda la zona de Bajamar, adicionalmente el desarrollo de estos proyectos está permeado por múltiples intereses económicos de empresas privadas y del sector público. Esta situación ha llevado a un proceso gradual de desalojo y reubicación de muchas familias que viven en esta zona bajo el argumento de una mejora en sus condiciones y calidad de vida. Dentro del Plan de Ordenamiento Territorial de Buenaventura (POT) (2013) se define el “Distrito de Buenaventura como una ciudad turística, ambiental, Biodiversa y portuaria”.



Zona de impacto del megaproyecto malecón Bahía de la Cruz, www.buenaventura.gov.co

Sin embargo de acuerdo con Víctor esto no es más que una excusa usada por el municipio para poder “apoderarse” del territorio de estas familias. Ante esto se me ocurrió una última pregunta, antes de terminar la conversación -¿Cuál sería la mejor opción para estas familias?-, teniendo en cuenta la condición de pobreza y extrema pobreza en la que viven muchas de estas, y que muchos

medios y otras instituciones relacionan directamente con el medio en el que viven, la respuesta fue igual de contundente: “Quedarse en su territorio”. Así termino la conversación, pero en mi cabeza quedo rondando como esta posibilidad podía llevarse a la realidad, como estas familias podrían hacer frente a estos grandes proyectos, teniendo en cuenta el panorama que él mismo me había planteado.

Ante las muchas incógnitas que se me habían generado a raíz de esta conversación decidí que la mejor forma de resolverlas era consultando con las personas e instituciones directamente involucradas, por un lado el municipio representado en la “Fundación Malecón Bahía de la Cruz”, por el otro, la comunidad de San José cuya perspectiva sobre el asunto me daría un panorama más amplio sobre los impactos del proyecto. El cual bordearía la zona insular o isla de Cascajal por el costado sur-occidental, con un recorrido (total) de aproximadamente 4 kilómetros, y un costo superior a los 150.000 millones de pesos. Donde además se construirían la plaza escalonada Pascual de Andagoya como homenaje al fundador de la ciudad, la plaza artesanal como espacio de comercialización y exhibición de representaciones manuales, una planta de bombeo, un auditorio al aire libre y un centro de eventos.

La oficina de la fundación malecón Bahía de la Cruz se encuentra ubicada en la zona comercial de la ciudad, más específicamente en el edificio World Trade Center, fueron varios los intentos que hice (llamadas, correos y mensajes por medio de redes sociales) antes de hablar con alguno de los funcionarios de esta entidad. Finalmente logré acordar una visita en la que pude ser atendido por la asistente del director, quien de manera muy amable me mostró planos y maquetas del proyecto y me contó cual es la apuesta que se tiene desde la Fundación, en representación del municipio, con este megaproyecto



Propuesta del Malecón Bahía de la Cruz, Fundación Bahía de la Cruz

Ante todo, la funcionaria me aclaró que la planeación del proyecto está contemplada en el marco del documento del Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes) 3410 del 2006, “en el cual se trazan los lineamientos de la política de Estado para mejorar las condiciones de vida de la población de Buenaventura”. Específicamente en el aparte donde se puntualiza el progreso y desarrollo urbano se planea “la recuperación del centro histórico y la definición del malecón perimetral al mar como el espacio urbanístico más importante de la ciudad”.

A partir de estos elementos es que se da inicio a una fase de referenciación, es decir, buscar proyectos similares que permitan ser un punto de partida para el diseño y puesta en marcha del proyecto. El primero de estos fue la ciudad de Shenzhen en China, donde se desarrolló un proyecto de remodelación que duró 30 años, pasando de ser “un pueblo de 30 mil pescadores, a una metrópoli de más de 11 millones de habitantes”. Otro ejemplo más reciente y el que quizá ha servido como mayor referente es el Malecón Simón Bolívar, en Guayaquil, Ecuador, que logró

convertir a esta ciudad en un referente turístico internacional. El “éxito” de estos proyectos está según la funcionaria en las oportunidades de desarrollo turístico e industrial que abrieron para cada una de sus ciudades, ofreciendo a sus habitantes mayores oportunidades laborales y mejora en su calidad de vida, que en términos generales *“es lo que se busca”* para Buenaventura.

Ante este panorama tan “prometedor” parecieran no haber lugar a incógnitas sobre lo viable y beneficioso que sería este proyecto. Sin embargo una duda quedo en el aire,- ¿Qué impactos generaron estos proyectos en la población local? - ¿Esta situación también se analizó, considerando el impacto que tendrá en las personas que viven en San José? Lastimosamente ante estas preguntas no hubo respuesta concreta, aunque si un comentario que me dejo un poco sorprendido, ya que según la funcionaria todas las personas de San José ya habían sido reubicadas y los que vivían actualmente era porque estaban *“invadiendo los predios”*.

Este comentario obedece claramente a una posición institucional, donde no se reconoce la legitimidad que tienen los habitantes de San José como “propietarios” del territorio donde viven, pero es algo que entraré a analizar más adelante. Por otro lado, para resolver las incógnitas que me había generado esta conversación, recurrí al Internet como herramienta principal de búsqueda para encontrar textos, artículos u otro tipo de documento que me contextualizaran sobre la situación. Muy a mi pesar, fue poco lo que encontré. En términos generales cada uno de estos proyectos obedece a nuevas políticas económicas y de gobernabilidad, donde se buscaba por medio de la modernización lograr potencializar estos centros urbanos y hacerlos más competitivos.

Entre la información recopilada se destacan (en términos de lo que yo buscaba) el artículo “Guayaquil vive por ti” Aspirational Urbanism and Urban Citizenship as Moral Imperative, de Lorien Olive, antropóloga de la universidad de Duke y candidata a PhD en antropología cultural, en el cual la autora realiza una descripción de las diferentes etapas (desde su planeación hasta la

forma cómo los ciudadanos lo “viven”) del Malecón 2000 y analiza su impacto como agente transformador en el *habitus* tradicional del Guayaquileño.

La búsqueda de esta transformación obedece, de acuerdo a la autora, a influencias de sectores privados, políticos y de la “elite” social de la ciudad, que buscaban un cambio en el modelo de gobierno y en la forma como Guayaquil y los guayaquileños eran percibidos desde afuera. El estandarte de este proyecto fue y es el Malecón 2000, cuyo impacto trasciende los intereses económicos o la búsqueda de aumentar el turismo (de hecho la autora hace una mínima referencia a estos aspectos) moldeando una nueva propuesta de civismo y de conducta moral basada en la privatización de los espacios y la elaboración de reglas de conducta y comportamiento.

Este modelo y el malecón han sido fuertemente criticados, según la autora desde sectores que lo ven como un espacio donde “sofoca la prohibición y es una manifestación física de la fantasía de la elite de una ciudad desinfectada”, condición que de alguna forma genera cierta marginalidad, sin embargo la autora habla de una especie de adaptación gradual de los guayaquileños a estas “exigencias”, respetando las reglas prescritas y actuando de acuerdo al patrón impuesto. “Bodies not only acclimate to the “normalizing” demands of regenerated spaces; many lower-class guayaquileños derive a sense of fulfillment and pleasure from conforming to the new moral strictures.” (Olive, 2011)

Autores como Xavier Andrade han dado perspectivas un poco más críticas o distintas sobre los impactos del Malecón 2000 en los guayaquileños, principalmente en la población más vulnerables. En su artículo “Diarios de Guayaquil: Ciudad Privatizada”, Andrade al igual que Olive hace referencia al modelo implementado por parte de la alcaldía municipal de Guayaquil y las elites de la ciudad para buscar la privatización de los espacios públicos de esta ciudad, teniendo como bandera el Megaproyecto del Malecón 2000. Usando las notas de sus diarios de campo Andrade

busca entre otras cosas evidenciar los impactos de este modelo de privatización en la población más pobre de la ciudad, la cual gradualmente se vio marginada de la zona de impacto del proyecto. La implementación de fuerzas de seguridad privada, la construcción de tiendas de cadena o restaurantes gourmet son estrategias implementadas por la alcaldía de Guayaquil para mantener al margen a la población que según ellos pone en “riesgo” el espacio público. Esto ha llevado según Andrade a aumentar los niveles de pobreza, ya que el sustento que muchas familias obtenían de la venta o trabajo informal en la zona del malecón se vio interrumpida y no hubo un diseño o implementación de estrategias que permitieran compensar esta situación.

Estas miradas sobre el proyecto del Malecón 2000 me llevaron a pensar que, de muchas formas este había sido un “éxito” en términos de lograr o de estar logrando su cometido como regenerador de un modelo ciudadano, Sin embargo este modelo ciudadano tiende claramente a la exclusión de la población más vulnerable, que para el caso de Buenaventura sería la población de Bajamar, ante este panorama - ¿sería posible implementar este mismo modelo en Buenaventura? y ¿qué impactos tendría sobre la población de Bajamar, más específicamente de San José?

Trazando un paralelo entre los dos casos, pude encontrar varias similitudes entre ambos: por un lado al igual que en Guayaquil (Fundación Malecón 2000, en Buenaventura se creó una empresa externa (Fundación Malecón Bahía de la Cruz) encargada de toda la administración del proyecto y de blindar el proyecto de intervenciones políticas, entidades que en los dos casos están mediadas por los intereses políticos, privados y económicos de diversos sectores sociales de cada una de las ciudades. Adicionalmente cada uno de estos proyectos obedece a la implementación de políticas de desarrollo urbano y turístico, donde la privatización del espacio y el establecimiento de nuevos modelos de conducta hacen parte de una búsqueda por “mejorar” el civismo y la imagen de la ciudad.

Sin embargo, la mayor diferencia entre cada uno de estos casos se encuentra en lo que algunos llamarían percances o trabas en su ejecución y que podría entenderse como las dificultades, muchas veces económicas, que tiene la puesta en marcha de un proyecto de esta magnitud, que en Buenaventura se refleja en el retraso que ha tenido su primera fase, que actualmente se encuentra en licitación y la cual comprende obras en el Parque Néstor Urbano Tenorio, la calle primera, las carreras 2 y 3 y la zona que comprende San José y cuyo valor se estima podría alcanzar los 23.250 millones de pesos.

3.3 ¿Huevo no puede con piedra?

Un proyecto de la magnitud del Malecón Bahía de la Cruz está acompañado por unos intereses económicos y políticos muy grandes, ya sea del sector privado o público, situación que hace poco probable retrasos o inconvenientes en su ejecución, sin embargo hasta el momento la primera fase de este proyecto (Bahía de la Cruz) no se ha puesto en marcha, y aunque según algunos funcionarios de la fundación encargada de su administración esto obedece a temas presupuestales, la verdad es que hoy por hoy su mayor “obstáculo” ha sido la resistencia de la comunidad de San José.

Esta resistencia se ha dado en varias etapas y desde varios escenarios. La comunidad ha mostrado su inconformidad no solo con la planeación de este proyecto, sino también con el modelo de socialización excluyente que se ha implementado.

“Nosotros no nos oponemos a la construcción del malecón, solo exigimos que se nos tenga en cuenta y se respeten nuestros derechos y nuestro territorio”, con esta frase dio inicio Álvaro a una de sus intervenciones durante una reunión de líderes de la comunidad de San José y yo, en la cual hizo énfasis en lo difícil que es detener el “desarrollo” económico y el capital, y en la necesidad

que tienen ellos como comunidad de recurrir a cualquier tipo de elemento jurídico (leyes, decretos, artículos, etc.) que les permita hacerle frente a esta arremetida.

¿Cómo empezar?, fue una pregunta general que se dio en medio de esta reunión y cuya respuesta pareciera estar en el convenio 169 de la OIT, el cual rápidamente fue socializado para que aquellos que no lo conocían supieran más de él.

En términos generales este convenio es un instrumento jurídico internacional que ratifica y hace énfasis en los derechos de los pueblos indígenas y tribales, y cuya piedra angular está en la consulta y participación, donde “el Convenio exige que los pueblos indígenas y tribales sean consultados en relación con los temas que los afectan. También exige que estos pueblos puedan participar de manera informada, previa y libre en los procesos de desarrollo y de formulación de políticas que los afectan” (*Convenio 169, OIT*).

Colombia es uno de los 20 países que ha ratificado este convenio, asumiendo la responsabilidad de desarrollar acciones con miras a proteger los derechos de las comunidades indígenas y tribales, sin embargo hasta el momento son muchos los vacíos en su reglamentación.

La falta de conocimiento al interior de las comunidades y la poca disposición para su implementación por parte del Estado son las principales problemáticas que hoy por hoy tiene este convenio en Colombia, sin embargo para el caso San José se han ido dando grandes avances en busca de mejorar esta situación.

Desde hace aproximadamente dos años, algunos miembros de la JAC han participado en talleres y capacitaciones con el PCN, donde se busca formar líderes en temas de exigibilidad de derechos, que posteriormente socialicen sus aprendizajes al interior de las comunidades. Álvaro, Javier y Harrinson son algunos de los que han participado en estos talleres, donde quizá su mayor aprendizaje ha sido el entender que elementos como la consulta previa e informada no son favores

que deben pedirle al Estado sino que por el contrario son un derecho que deben exigir. Esta situación ha ido dando luces al proceso de resistencia interno, ya que hasta el momento el proyecto del malecón no ha sido socializado ni consultado al interior de la comunidad, requisito obligatorio para la implementación de cualquier tipo de proyecto de la magnitud del malecón, pero, ¿Qué dicen al respecto las entidades competentes de la consulta?

La posición institucional, representada en la alcaldía municipal y la fundación malecón Bahía de la Cruz ha sido la de no reconocer los derechos de la comunidad y peor aún, en algunos casos como lo mostró la funcionaria con la que tuve la conversación, ni si quiera reconocer su presencia en el territorio. Este escenario ha dificultado el dialogo entre los actores y no ha permitido el desarrollo de un espacio de consulta.

Los principales argumentos que se manejan desde la institución para negarse a reconocer los derechos de la comunidad están ligados a las problemáticas mencionadas por Víctor Vidal, pues los estigmas que recaen sobre la comunidad han dado pie para que la alcaldía vea a San José como foco de drogadicción y escondite de grupos armados, haciendo “necesaria” una intervención institucional basada en el desalojo y reubicación de las personas que “invadieron” este terreno.

Para sustentar esta posición la alcaldía elaboró un estudio en colaboración con la Universidad del Pacifico (2009) que buscaba identificar las principales problemáticas de los habitantes de San José y bajamar en general, para de esta forma proceder a caracterizar los hogares (aproximadamente 3400) que serían parte de un macroproyecto de vivienda de interés prioritario, mejor conocido como ciudadela San Antonio, ubicado a las afueras de la ciudad, en la zona de continente.

Este informe identifica algunos puntos neurálgicos sobre las “condiciones” de vida de los habitantes de Bajamar. Sin embargo el hecho de que este se enfoque en identificar problemas asociados directamente con las relaciones interpersonales y con el medio, y que no se reconozca

una responsabilidad estatal dan cuenta de su ambigüedad, y del poco conocimiento sobre las dinámicas de vida de comunidades afrocolombianas y las relaciones campo – poblado que se desarrollan en contextos urbanos.

- Aspectos que dan cuenta de la débil cultura ambiental: “La incidencia de los procesos migratorios rurales-urbanos que han contribuido a la pérdida de prácticas culturales ancestralmente conservacionistas”.
- La presión por la demanda de servicios públicos domiciliarios que al no encontrar respuestas oficiales lleva a los habitantes a disponer y usar el territorio y la infraestructura de modo indebido, desperdiciando la energía y el agua y produciendo niveles contaminación por aguas residuales, gases, partículas, ruidos y residuos sólidos.
- La pérdida de valores éticos respetuosos de lo individual y lo colectivo, por parte de un número significativo de la población.

(Universidad del Pacífico, 2009)

Esta manera de describir la situación es parte de la estrategia empleada por la alcaldía municipal y la empresa privada para argumentar la viabilidad del plan de desalojo y reubicación y la “necesidad de mejorar las condiciones de vida de la población”.

Ante esta situación se ha optado al interior de la comunidad por una estrategia de difusión de su problemática en escenarios nacionales e incluso internacionales, donde representantes de esta (principalmente Harrinson) han podido mostrar los impactos que tiene el proyecto del malecón y la violación de sus derechos.

La participación en estos escenarios, como el Congreso nacional afrocolombiano, el congreso de los pueblos y el foro social urbano, alternativo y popular han permitido que nuevos actores, principalmente organizaciones internacionales, fijen su mirada en la problemática de San José, generando presión a la alcaldía municipal y ayudando a la construcción de un escenario de dialogo entre la institución y la comunidad.

Sin embargo, hasta el momento no se ha logrado establecer concretamente este escenario y la implementación de la consulta previa sigue siendo una de las exigencias y anhelos sin cumplir que la comunidad continuamente hace a la alcaldía.

Mientras se logra concretar este escenario existe otro elemento que continuamente está en discusión dentro de la comunidad y que es quizá el más importante no solo para la resistencia a la implementación del malecón, sino también para el proceso de resignificación étnica que se está llevando al interior, la ley 70 de 1993.

3.4 ¿Qué hace falta para ser Afro?

Hoy por hoy el reconocimiento de las comunidades negras como grupo étnico está en gran parte condicionado a unos lineamientos “impuestos” desde la ley 70 de 1993, situación que ha perjudicado a gran parte de afrocolombianos que como en el caso de San José viven en contextos urbanos, donde la ley, con un claro enfoque rural, tiene grandes limitaciones.

Es extraño para una comunidad como la de San José tener que iniciar un proceso de resignificación, ya que ellos dan por hecho su pertenencia como grupo étnico. Sin embargo el no reconocimiento de sus derechos por parte del Estado les ha mostrado la importancia que tiene reconocerse bajo los lineamientos de la ley 70. Para esto se ha ido fortaleciendo al interior de la comunidad el sentido de pertenecía con el territorio y lo importante que es la pervivencia de prácticas culturales, que han ido desapareciendo o transformándose gradualmente como consecuencia de la interacción con diversos actores y el medio.

Ante esta situación una de las propuestas que se ha ido desarrollando al interior de la comunidad es la de otorgar mayor relevancia a la tradición oral, como medio de trasmisión de la historia y

costumbres, y que también obedece a lo que Oslender definió como recuerdo subversivo, dado que permite a las comunidades enmarcar sus luchas y nutrir sus imaginarios en la búsqueda de construir un contraespacio alternativo (Oslender, Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano: hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales, 2008). Esta memoria se evidencia en relatos como los de Rupanco, quien con tono efusivo y en ocasiones melancólico recuerda como su padre y abuelo recogían Piangúa y escombros para rellenar los puentes y caminos que dieron origen a San José, ganándole de esta forma terreno al mar; también es posible escuchar relatos de cómo San José fue creciendo a medida que familiares y amigos que vivían en las cuencas del Anchicayá y Raposo migraban a Buenaventura en busca de nuevas oportunidades para sus hijos .

Las experiencias contenidas en este tipo de relatos han permitido la reconstrucción gradual de la memoria colectiva dentro de la comunidad ya que como menciona Oslender “sus narrativas revelan un sentido de lugar que habla de patrones históricos de asentamiento, migraciones y viajes reales e imaginarios” (Oslender, 2003) .

Tan solo considerar la posibilidad de una reubicación es motivo de insultos por parte de Rupanco, su experiencia y memoria le han permitido desarrollar un fuerte apego al lugar, apego que se busca desarrollar de manera colectiva desde la JAC, dándole también valor a otros elementos como a las experiencias del día a día.

De esta forma, la pesca, la recolección de Piangúa, los arrullos, los matrimonios, los velorios y tantas otras tradiciones culturales que perviven dentro de la comunidad de San José han ido cobrando mayor relevancia entre sus habitantes, despertando curiosidad e interés entre los más jóvenes.

Poco a poco son más los niños y niñas que se han ido interesando por prácticas tradicionales de producción como la pesca y la recolección de Piangúa. Según Harrinson esto obedece al sentido de pertenencia que se está despertando al interior de la comunidad;

“los jóvenes y niños de San José han crecido toda su vida viendo como los mayores salen a pescar, saliendo al muro perimetral a verlos llegar de sus jornadas que pueden durar entre dos horas y una semana. Y viendo como el fruto de su trabajo sirve para el bien de toda la comunidad”.

Con estas palabras describía Harrinson cuál es su percepción frente al significado que tiene la pesca entre los más jóvenes.

La pesca no es una simple actividad, Javier la ve como un arte, un aprendizaje de pocos, que es hereditario. “Hay que saber cuando y donde pescar, eso no es solo montarse al bote y tirar la atarraya”. Es verdad, y pese a que no pude ser parte de ninguna de las jornadas de pesca, pude evidenciar todo el proceso previo de preparación, donde se verifica el funcionamiento del motor, se empacan los víveres y se revisa que la atarraya no tenga perforaciones. ¿Dónde pescar?- lo más lejos posible de la contaminación que emite el puerto, ¿Cuándo pescar?- en general puede ser todo el año, aunque entre el 1 de enero y el 28 de febrero siempre hay algún tipo de restricción, por la veda de camarones. No pude hacer más preguntas ya que se estaba haciendo tarde (5am) para salir. Aunque no estuve presente cuando este grupo de pescadores regresó, pues lastimosamente ya había regresado a Medellín, sí me enteré por medio de Harrinson de que había sido una jornada muy satisfactoria, donde una buena parte de lo conseguido había sido destinada para el consumo de la comunidad.

Al preguntarle a unos niños unos días antes de regresarme si les gustaría ser pescadores su respuesta fue “SI”, y más allá de si esto sea cierto o no lo que se debe resaltar es la importancia de

la pesca al interior de San José, como actividad de auto sostenimiento para la comunidad, y como estrategia de sobrevivencia ante la marginalidad y exclusión social del día a día.



Pesca en Bajamar, Foto del Autor

Sin embargo la pesca no es la única actividad de auto sostenimiento que se realiza en la comunidad, existe una práctica que para mí fue particularmente llamativa, la recolección de Piangúa.

Pocas personas saben que es la Piangúa, sin embargo en San José este molusco extraído directamente de lo profundo de las playas durante la marea baja juega un rol muy importante al interior de la comunidad, ya que además de ser un manjar, su caparazón ha servido históricamente como material de relleno para los caminos que unen el barrio.



Piangúa, Foto del Autor



Calle de San José rellena con conchas de Piangúa, Foto del autor

Son varias las personas que continúan con esta práctica, sin embargo quiero destacar una en particular, la tía Benita, quien falleciera el año pasado, pero cuyo legado sigue presente en sus nietas que día a día continúan con su extracción antes de irse a estudiar.



Niñas recolectoras de Piangúa, Foto del autor

Pocas fueron las palabras que cruce con la tía Benita, sin embargo siempre que la veía caminaba con una sonrisa y cargaba su balde, donde recogía y luego lavaba la Piangúa. Desde el muro perimetral era posible verla con las mangas de su camisa recogidas, meter una y otra vez la mano entre la arena húmeda de la playa, pocas veces sacaba la mano sin conseguir al menos un molusco. ¿Cuántos años paso extrayendo Piangúa?- ni ella sabía la respuesta, poco hablaba y hasta sus últimos días de vida realizo esta linda actividad, con la que dio sustento a sus hijos y nietas y que compartía con toda la comunidad ya fuera por medio del trueque o simplemente regalándola.



Tía Benita y una de sus nietas recolectando Piangúa, Foto del autor

Al igual que con la pesca, la extracción de Pianguá es una práctica de producción cargada de mucho sentido de solidaridad, ya que gran parte de lo que se extrae es para el uso interno, donde se mezcla comúnmente con pescado, arroz y plátano, convirtiéndose en un verdadero manjar.

Pero no es solo en las prácticas de producción donde se refleja la pervivencia de elementos tradicionales en San José, la cosmogonía y medicina tradicional tan asociada a contextos rurales tiene un lugar muy importante al interior de la comunidad.

El deficiente sistema de atención en salud de Buenaventura, sumado a las precarias instalaciones de hospitales como el Luis Ablanque de la Plata, donde pasé unas de mis peores noches hospitalizado¹⁷, han permitido el resurgimiento de la medicina tradicional, ya que para muchos son más rápidos y efectivos los métodos de sanación de las “sanadoras” de la comunidad. Estas mujeres usan diversos métodos de curación relacionados con el uso de hierbas y rezos, curando enfermedades como “el mal de ojo”, “el espanto”, “el pasmo” etc., que quizá no estén muy presentes en nuestro imaginario o sean vistas como creencias populares o supersticiosas, pero que al interior de las comunidades afrocolombianas son enfermedades o “males” presentes en el día a día.

Otra función que desempeñan las sanadoras entre la comunidad es el de parteras, el cual implica la asistencia a los procesos de gestación, parto y posparto. Ya sea por la confianza que generan entre las paridoras, o por los costos (mínimos) de su trabajo, estas mujeres, entre las que se destaca Justa, han recibido a un gran número de jóvenes y niños de la comunidad. Y pese a que en

¹⁷ Antes de ser hospitalizado no había tenido mucho contacto con la comunidad, por esta razón no recurrí a la medicina tradicional, que sin duda habría sido una experiencia única

ocasiones son opacadas por los “avances de la medicina” siguen cumpliendo un rol vital al interior de la comunidad que las reconoce como símbolo de vida.

Estas prácticas y tradiciones no deben ser vistas de una forma estática o inmutable, por el contrario como lo menciona Motta se deben identificar sus transformaciones producto del contacto con diversos actores y el medio, transformaciones que le otorgan a lugares como San José una connotación urbano-rural híbrida, donde “no solo se recrean las formas de vida cultural de su lugar de origen, sino que también viven en contacto constante con ese lugar” (Oslender, 2008).

La importancia de esta “nueva” connotación recae en los nuevos escenarios de interlocución que se están gestando entre Estado y comunidades, donde estas buscan integrarse en toda su dimensión socio-cultural a los proyectos de modernidad como el malecón Bahía de la Cruz.

Sin embargo en el caso San José, para lograr construir estos espacios hace falta el reconocimiento étnico y de sus derechos por parte de la alcaldía municipal y la fundación malecón Bahía de la Cruz cuya negativa parece obedecer a lo que Motta define como desarrollo homogenizante, transnacional, capitalista y bélico, que hacen parte de un modelo excluyente de modernidad del desarrollo, donde se subalterniza los grupos étnicos (2006).

Esta situación ha derivado en la necesidad de retomar por parte de la comunidad elementos de la corriente culturalista del movimiento afro principios de los 90s, que permitan establecer de forma básica por qué los habitantes de San José se identifican como grupo étnico y no como “simples” habitantes de un barrio de Buenaventura. Esta posición ha ido tomando fuerza poco a poco, cada vez que aquellas personas que optaron por acceder a procesos de reubicación han “servido” como ejemplo para evidenciar las consecuencias socio-culturales del rompimiento de los lazos con su territorio ancestral.

3.5 La reubicación no es una opción

Desde hace aproximadamente 5 años se puso en marcha por parte de la alcaldía de Buenaventura un macroproyecto de vivienda de interés social conocido como ciudadela San Antonio donde se busca reubicar a las personas que hoy por hoy habitan la zona de Bajamar. Bajo una política pública enfocada en "la mejora de las condiciones de vida" se han venido desarrollando las diferentes fases o etapas de este proyecto, que ha tenido como principales aliados a COMFANDI (caja de compensación familiar del Valle del Cauca) y a la universidad del Pacífico.

Algunos habitantes de San José me contaron cómo a finales del 2010 se acercaron a la comunidad varios jóvenes estudiantes de psicología y trabajo social de la universidad del Pacífico, quienes estaban realizando unas encuestas, que en un principio parecían tener un fin meramente académico y en las cuales se les preguntaba a las personas sobre su tipo de "vivienda ideal".

Más allá de un tamaño o material específico, la respuesta al interior de la comunidad fue general, "una vivienda ideal sería aquella que tuviera acceso a los diferentes servicios públicos básicos, principalmente la luz y el agua".

A partir de una pobre interpretación de estas respuestas que no reconoció el total de las necesidades de la población ni el contexto que las debía enmarcar se dio inicio a la primera etapa de construcción de esta ciudadela. Cuya primera fase de poblamiento estaría supeditada a la injerencia y presión de actores internos y externos de la comunidad.



Ciudadela San Antonio, www.elpueblo.com.co

El clientelismo y la politiquería como instrumento para generar discordia en la población fueron una de las principales estrategias para el desarrollo de esta primera fase, donde personajes como Armando¹⁸ jugaron un rol muy importante, haciendo una fuerte campaña a favor de la reubicación en la ciudadela San Antonio, y difundiendo entre los habitantes del barrio, “que próximamente serian desalojados y que si no aprovechaban ese momento para elegir una casa se iban a quedar sin un lugar para vivir”¹⁹. Esta campaña que tuvo cierto éxito, ya que alrededor de 6 familias, además de la suya, iniciaron procesos de reubicación por esa época.

Sin embargo, reflexionando un poco con Harrinson sobre la metodología empleada por el municipio para forzar el proceso colectivo de reubicación en San José, salieron a la luz ejemplos similares, donde se emplearon otros mecanismos de presión, entre los que destaca el aumento repentino de las incursiones de grupos al margen de la ley en los territorios en “disputa”. Esta asociación va más allá de mi análisis, es un sentir colectivo de las comunidades más marginales

¹⁸ Antiguo miembro de la JAC

¹⁹ Segmento extraído de una conversación con Harrinson y Javier el día 30/07/2013 en la oficina del PCN

de la ciudad, y que se sustenta en ejemplos como el del Barrio Santafé, ubicado en la zona de continente donde hoy por hoy está la sede de Terminal de contenedores de Buenaventura (TcBuen), y cuya comunidad fue víctima de múltiples asesinatos²⁰, al parecer como represaría por no aceptar en un principio la propuesta de desalojo.

Y pese a que en San José las cosas no se han dado de la misma forma, y la incidencia de grupos como La Empresa y Los Urabeños es mínima, sí se reconoce al interior de la comunidad que el miedo a represarías ha llevado a algunas familias a abandonar el barrio, en busca de una mayor tranquilidad.

Ante el uso de estos métodos de presión, y teniendo en cuenta el proceso interno de resignificación étnica, se ha optado al interior de la comunidad por una estrategia de resistencia donde se muestre “la cara poco amable” del macroproyecto San Antonio.

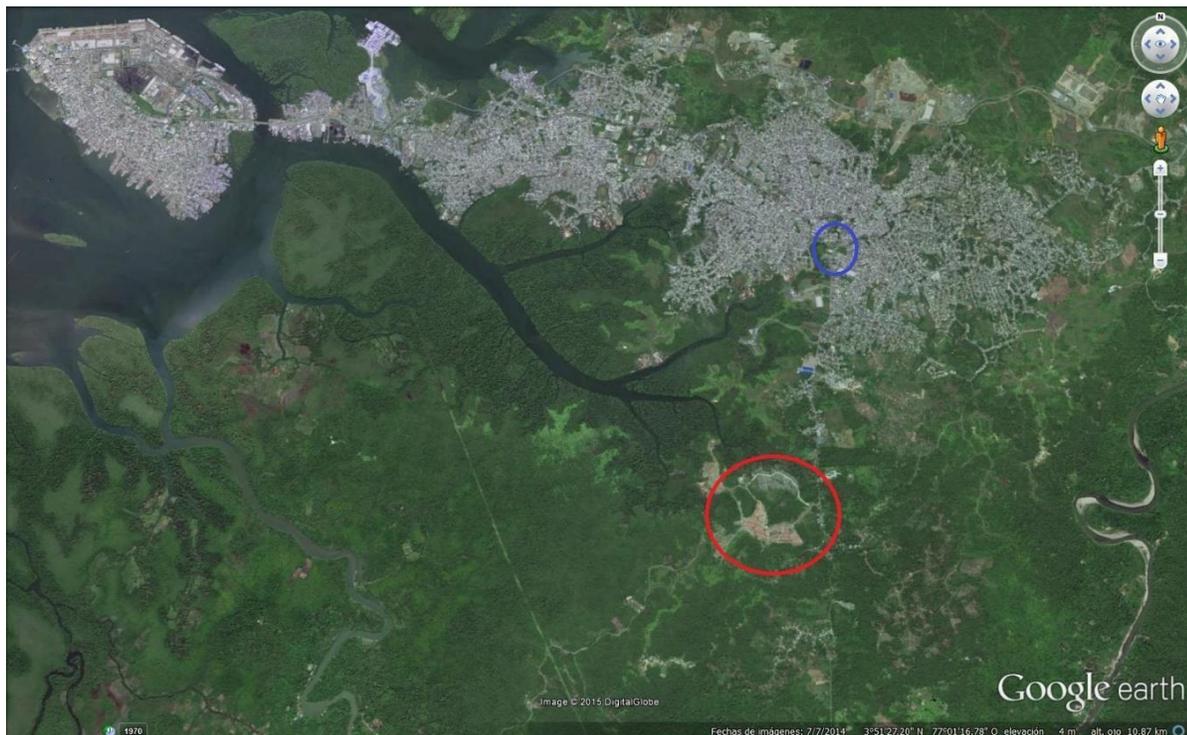
Durante una reunión²¹ con miembros de la JAC se definieron unos puntos clave para demostrar (al interior de la comunidad en un primer momento) la poca viabilidad y conveniencia del proceso de reubicación, el primero de ellos se refiere a la ubicación de la ciudadela.

Pensar en un proceso de reubicación para comunidades como la de San José en un contexto distinto al de Bajamar, donde no se tenga contacto con el mar implicaría romper no solo los vínculos de las personas con el territorio sino poner en riesgo cadenas de producción y solidaridad, que hacen parte importante del tejido social. Sin embargo este es el caso de San Antonio, que pareciera hacer parte de un proyecto de marginalidad y exclusión.

²⁰ Uno de los hechos más recordados es la masacre de 12 jóvenes en 2005 pertenecientes al barrio que según las autoridades fueron asesinados por cruzar un “frontera invisible”, pero que en el seno de la comunidad obedeció a un proceso de desalojo por medio del uso del miedo y la fuerza

²¹ Reunión el 03/08/2015

Llegar a San Antonio no es fácil, por ejemplo si se va desde San José o el centro es necesario tomar dos transportes²², el primero puede ser una buseta o jeep (cualquier ruta) que lo lleve a uno desde la zona insular hasta las partidas en la zona de continente, una vez ahí se debe tomar otro jeep, un ruta 12 que tome la ruta hacia la universidad del Pacífico dejándolo en la “portería” de la ciudadela; el viaje dura aproximadamente 35 min, un trayecto muy largo si consideramos las dimensiones de la ciudad.



Otro de los puntos que se discutió con la JAC es lo referente al goce efectivo de derechos, para esto se tomaron en consideración los testimonios de aquellas personas que optaron por la reubicación y que en su gran mayoría se encuentran inconformes viviendo allí.

²² El taxi no entra en consideración por el costo de la carrera y por lo frecuente que es escucharles decir a los taxistas “por allá no voy”

Adicionalmente se partió de la idea que no puede haber un goce de estos derechos cuando se ha roto el vínculo con el territorio, sin embargo se quiso analizar y socializar la supuesta “mejora de condiciones de vida” que prometía el proyecto.

Cuando empezó la planeación de este hace aproximadamente dos años y medio se prometió la construcción de centros de salud, escuelas, vías de comunicación y acceso a servicios básicos como energía, agua y sanidad. Sin embargo hoy en día poco o nada de eso se ha cumplido, situación que genera desazón entre quienes viven allí.

Para muchas de estas personas, provenientes no solo de San José, sino también de otros barrios de bajamar como Muroyusti, La Playita, El Lleras, etc., San Antonio significaba un nuevo inicio, una oportunidad para mejorar realmente su situación económica, y sus condiciones de vida, donde no tuvieran que preocuparse por el acceso a la salud o la educación de sus hijos. Sin embargo este escenario todavía parece muy distante ya que ni las rutas de acceso han sido completadas.

Durante mi última visita a Buenaventura acompañé un recorrido de algunos miembros de Witness for peace²³, quienes querían conocer más de cerca toda la problemática de San José, en este recorrido visitamos la ciudadela San Antonio, y tuvimos la oportunidad de hablar con algunos de sus habitantes y conocer sus casas.

Quizá por una asociación (errada) de esta organización con Naciones Unidas o por el simple hecho de ser extranjeros, la llegada a San Antonio de los miembros de esta organización provocó una gran cantidad de denuncias y quejas entre los habitantes de la ciudadela. Señoras con niños de brazos manifestaban el calvario que significaba para ellas tener su hijo enfermo, ya que la falta de un centro de salud, y los problemas de movilidad causados por el deterioro de las vías de acceso

²³ Organización independiente cuya misión es “apoyar la paz, la justicia y la economía sostenible mediante el intercambio de experiencias con personas de Estados Unidos

las obligaban a tener que caminar hasta conseguir alguien que las llevara a un hospital o centro de salud cercano. Igualmente numerosas eran las quejas y reclamos por un centro educativo, que permitiera a los niños estudiar más cerca de sus casas y no tener que movilizarse largas distancias que no solo ponen en riesgo su integridad, sino que también generan un gasto extra en pasajes. Gasto que se vuelve difícil de sostener, ya que muchos de sus habitantes que se desempeñaban como pescadores o trabajaban en zonas cercanas al comercio no encuentran hoy en día una actividad o un trabajo que les permita el sustento económico diario que antes tenían²⁴. Sin embargo lo más llamativo de esta situación fueron las quejas alrededor de las casas, las cuales para la gran mayoría de las personas con las que hablamos no cumplían con sus necesidades.

“Dígame joven, ¿cómo voy a recibir yo a mi hermana y sus hijos cuando vengan a visitarme?, si a duras penas cabemos nosotros”, fue la queja de una señora cuando entramos a conocer su casa²⁵.

Estas casas están compuestas por dos pisos, distribuidos entre dos habitaciones, un baño, una cocina y una sala, esta última generalmente usada como habitación por la necesidad de optimizar espacio. Adicionalmente el material con el que fueron construidas, concreto y madera, hace que la temperatura al interior sea insoportable entre las 11am y 4pm, por eso es muy común ver a las personas reunidas afuera de las casas entre estas horas.

²⁴ Durante los procesos de socialización del macroproyecto uno de los puntos que más se tocó fue el de los altos niveles de desempleo y trabajo informal, los cuales se propuso contrarrestar por medio de capacitación con el SENA en diversos campos y un acceso prioritario a las ofertas de la bolsa de empleo de esta misma institución, sin embargo nada de esto se ha cumplido.

²⁵ No fue posible tomar fotos del interior de las casas, la mayoría de personas les daba pena por el desorden



Casa ciudadela San Antonio, Foto de Harrinson Moreno

Lastimosamente más allá de las quejas y reclamos no pude preguntarle a nadie si extrañaba su anterior hogar, ya fuera en San José o en otra zona de bajamar, sin embargo por los comentarios alusivos a la falta de brisa, y lo incomodo de las casas podría suponer que sí.

Cada una de las características anteriormente descritas se socializó al interior de la comunidad de San José, para tratar de identificar que reacciones generaban entre los pobladores. La respuesta, en términos del interés en mantener unida la comunidad fue muy positiva, manifestándose en comentarios al aire como: *“y si uno quiere nadar a donde va”*, *“que come uno allá si no hay ni pescao”*, *“ni siquiera hay cancha”*, *“donde voy a poner mi bote”*, etc.

Esta postura colectiva en contra de la reubicación ha llevado a que algunos líderes y lideresas de la comunidad con el acompañamiento de miembros del PCN empiecen a diseñar propuestas alternativas, que busquen la construcción de condiciones de vida dignas para la comunidad, teniendo como eje central la permanencia en el territorio y sus derechos como grupo étnico.

3.6 Nuevos retos

Tratar de neutralizar la puesta en marcha de un proyecto de las magnitudes del malecón Bahía de la Cruz no es algo fácil y menos cuando su puesta en marcha es algo tan inminente. Por esta razón se establecieron al interior de la comunidad unos puntos clave para enrutar el proceso actual de defensa territorial.

El primer punto que se estableció fue la necesidad de diseñar de forma urgente una propuesta alterna a la de la reubicación, que contemple las necesidades y derechos de la comunidad, pero que deje la puerta abierta al dialogo con el Estado, de tal forma que se puedan construir escenarios de concertación.

El segundo punto se refiere a la necesidad de construir estos escenarios de concertación lo más pronto posible, sin embargo ante la negativa del Estado se deben contemplar nuevas estrategias de presión, donde, partiendo de la exigibilidad de sus derechos, la comunidad pueda lograr la implementación y reglamentación de la consulta previa, informada y concertada, como parte del convenio 169 de la OIT.

El tercer punto está enfocado a la búsqueda de escenarios locales y nacionales alternos de dialogo, que sirvan de plataforma para la difusión de la problemática actual de la comunidad de San José.

El cuarto punto está relacionado con la formación de líderes y lideresas al interior de la comunidad, que permita un mayor empoderamiento por parte de sus habitante y que va de la mano con el sentido de pertenencia por el territorio.

Como último punto se generó un compromiso por parte de varios miembros de la comunidad, donde se busca transformar la imagen negativa que hay alrededor de San José y los estigmas que recaen sobre sus habitantes, para esto se ha propuesto como primera actividad la realización de jornadas de limpieza y recolección de basuras, que no solo den una nueva imagen del barrio sino

que también hagan de este un espacio más saludable para sus habitantes. También se ha propuesto desde la JAC la realización de jornadas de oferta institucional, donde diferentes entidades del Estado, como la Registraduría, el Sisben, las Unidades Móviles de Vacunación, etc., lleguen directamente a la población más vulnerable, sin embargo para lograr esto se necesita el apoyo de la alcaldía municipal, la cual por el momento no se ha manifestado al respecto.

En términos generales, se puede identificar que dentro de la comunidad hay claridad frente a lo que se debe hacer y cuáles son sus retos en el futuro próximo. Sin embargo se hace necesaria una disposición política por parte del Estado que garantice una participación activa de la comunidad en los proyectos de desarrollo de la ciudad, y el respeto y cumplimiento de sus derechos como comunidad afrocolombiana.

4 CONCLUSIONES

Después del trabajo de campo realizado durante aproximadamente 4 meses con visitas intermitentes, y de vivir, hasta cierto punto, en las mismas condiciones de los habitantes de San José se hace más fácil entender que la situación actual de estos no pasa solo por una disputa por un territorio contra el Estado, sino que es el resultado de una serie de factores políticos, económicos y sociales que gradualmente los llevaron a un estado de marginación que se ve reflejado en las condiciones actuales de vida que tienen.

La falta de oportunidades laborales, la falta de acceso a servicios básicos como agua y energía, el bajo nivel de educación, y la poca inclusión social son algunos de los factores que más han influido en generar este estado histórico de marginalidad en San José y toda la zona de bajamar en general, condición que se ha agravado en los últimos años a medida que se pone en marcha la construcción del malecón Bahía de la Cruz.

Las implicaciones e impactos socio-culturales de este macroproyecto, como la ruptura del vínculo entre las personas y su territorio como consecuencia del proceso de reubicación y la desaparición de prácticas tradicionales de producción como la pesca y recolección de Piangúa llevaron a la comunidad a plantear algunas estrategias de defensa territorial que les permitan no solo hacer resistencia a este proyecto sino también garantizar el goce efectivo de sus derechos.

Este proceso de resistencia todavía está lejos de concluir. Sin embargo después de más de dos años de haber iniciado este proyecto se pueden identificar avances muy significativos, principalmente

en el modelo organizativo, con el cual se logró la recuperación de una figura tan importante como la junta de acción comunal, que para mi primera visita a principios del 2013 había desaparecido.

De acuerdo al artículo 103 de la Constitución Colombiana la JAC es el ente barrial encargado de planificar el desarrollo integral y sostenible de la comunidad, rol que sus representantes en San José han logrado encaminar, pese a las dificultades, en pro del bien común, dejando de lado intereses particulares que habían sido los culpables del resquebrajamiento y desaparición de esta figura. Esta nueva apuesta tiene como principio fundamental la integración de todos los sectores de la comunidad, generando entre niños, jóvenes y mayores un sentido de pertenencia por su territorio.

Esta integración también ha permitido que poco a poco el proceso organizativo y de resistencia frente al desarrollo del malecón Bahía de la Cruz vaya tomando nuevos matices, pasando de ser un proceso barrial de oposición a ser un proceso étnico de reivindicación cultural, donde el territorio como espacio de vida y de dinámicas socio-culturales propias se convierte en el eje central de la discusión.

El acompañamiento de organizaciones de base como el PCN ha sido fundamental para el desarrollo de unas “pautas” que permitan que el proceso de resignificación se dé bajo los parámetros legales de la ley 70 o ley de negritudes, de tal forma que el reconocimiento étnico se pueda dar en todas sus dimensiones. De esta forma, al igual que el proceso de resistencia, las prácticas cotidianas también van tomando nuevos matices. La tradición oral por ejemplo ha dejado de ser vista como “simples cuentos de viejos”, para ser vista y valorada como parte fundamental de la historia de la comunidad, dándoles a los habitantes de San José una nueva perspectiva sobre su origen, identidad y el valor del territorio.

¿Cuál es la importancia de reconocerse bajo los parámetros de la ley 70? Fue una de las preguntas que se formuló al principio de esta investigación, considerando que el enfoque de esta ley es principalmente rural. Paradójicamente aunque para gran parte de la comunidad el ser afro es algo intrínseco, es decir algo que dan por hecho, para el Estado es una “condición” sujeta a características particulares, definidas bajo el marco jurídico de la ley 70. Ser reconocidos bajo este marco significaría poder acceder a nuevas herramientas jurídicas y legales que den fuerza a las estrategias ya diseñadas y exijan la reglamentación de aquellos acuerdos o convenios que como el 169 de la OIT son constantemente incumplidos.

Por el momento el panorama de los habitantes de San José es alentador, ya que, pese a las presiones constantes por parte de la alcaldía municipal, y la puesta en marcha del proyecto de reubicación, la comunidad sigue estando unida por la defensa del territorio, diseñando propuestas alternativas y buscando escenarios locales y nacionales de concertación con el Estado.

5 BIBLIOGRAFÍA

- Afrocolombiana, C. d. (2003). *Historia del pueblo Afrocolombiano: Perspectiva Pastoral*. Popayan: CEPAC.
- Alcaldia de Buenaventura. (2013). *Plan de ordenamiento territorial (POT)*. Buenaventura.
- Andrade, X. (2007). Diarios de Guayaquil: Ciudad Privatizada. *Guaraguao*, 31-52.
- Aprile-Gnisset, J. (1993). *Poblamiento, habitats y pueblos del Pacífico*. Cali: Centro editoria universidad del Valle.
- Arocha, J. (1999). *Obligados de Ananse: hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Escobar, A. (1998). Antropología y desarrollo. *Revista Unesco*.
- Escobar, A., & Pedrosa, A. (1996). *Pacífico : ¿desarrollo o diversidad? : Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Cerec.
- Geertz, C. (1996). *Los usos de la diversidad*. Barcelona: Paidós.
- Hoffmann, O. (1999). Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico. En J. Camacho, & E. Restrepo, *De Montes, Ríos y Ciudades: Territorios E Identidades de la Gente Negra en Colombia*.
- Hurtado, T. (2009). Los estudios contemporáneos sobre Población Afrocolombiana y el dilema de la producción de conocimiento "propio" . *Revista de la Universidad ICESI*.
- Jimeno, M. (1996). Juan Gregorio Palechor: tierra, identidad y recreación étnica. *Alteridades*, 97 - 106.
- Ministerio de trabajo. (2012). *Buenaventura, ciudad puerto de clase mundial: Plan local de empleo 2011 - 2015* .
- Mosquera, G. (2010). *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico, patrimonio cultural afrodescendiente. Catalogación de tipologías arquitectónicas y urbanísticas propias de la región Pacífica colombiana*. Cali: Universidad del Valle-Escala S.A.
- Motta, G. N. (2006). Territorios e Identidades. *Historia y Espacio*, 91 - 107.
- Nina, S. F. (1993). *La saga del negro : presencia africana en Colombia*. Bogotá: Instituto de Genética Humana. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Medicina.
- Olive, L. (2011). *"Guayaquil vive por ti" Aspirational Urbanism and Urban Citizenship as Moral Imperative* .

- Organización Internacional del Trabajo (OIT). (1989). *C169 - Convenio sobre pueblos indígenas y tribales* .
- Oslender, U. (2003). "Discursos ocultos de resistencia": tradición oral y cultura política en comunidades negras de la costa pacífica colombiana. *Revista Colombiana de Antropología*(39), 203-235. Obtenido de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252003000100007&lng=en&tlng=es.
- Oslender, U. (2008). *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano: hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH.
- Pardo, M. (2001). *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Icanh-Colciencias.
- Quiñonez, M. C. (2011). La manera cultural: Entre el desarraigo y la territorialización Una experiencia de Cartografía social en la zona de Bajamar -Isla de Cascajal Buenaventura-. *Entramado*, 7(2), 156-171.
- Rentería, L. C. (2010). *Identidad y Espacio social en Buenaventura*. Cali.
- Restrepo, E. (1996-1997). Invenciones antropológicas del negro . *Revista Colombiana de Antropología*, 237-270.
- Restrepo, E. (2004). "Esencialismo étnico y movilización política: tensiones en las relaciones entre saber y poder". En O. Barbary, & F. Urrea, *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico* (págs. 227-244). Medellín: Editorial Lealón.
- Rodgers, J. M. (2012). *Caracterización del conflicto armado interno en el municipio de Buenaventura desde la perspectiva de actores locales. Periodo 1998 - 2010*. Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.
- Silva, C. P. (2010). El proyecto del Cerrejón: un espacio relacional para los indígenas wayuu, la empresa minera y el Estado colombiano. *Boletín de Antropología*, 24(14), 149-179.
- Suarez, A. M. (2 de Abril de 2014). Una noche entre las 99 casas de un infierno llamado San José. *El Tiempo*.
- Suarez, F. (2010). Buenaventura: una ciudad-puerto, globalizante, diversa y multicultural.
- Wade, P. (1997). *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Wade, P. (1999). Trabajando con la cultura: grupos de rap e identidad negra en Cali. En J. Camacho, & E. Restrepo, *De Montes, Ríos y Ciudades: Territorios E Identidades de la Gente Negra en Colombia*. Fundación Natura.
- Wade, P. (2000). *Raza y Etnicidad en Latinoamérica* . Quito: Ediciones ABYA-YALA.

Zambrano, F., & Bernard, O. (1993). *Ciudad y Territorio El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogota: Tercer mundo editores.